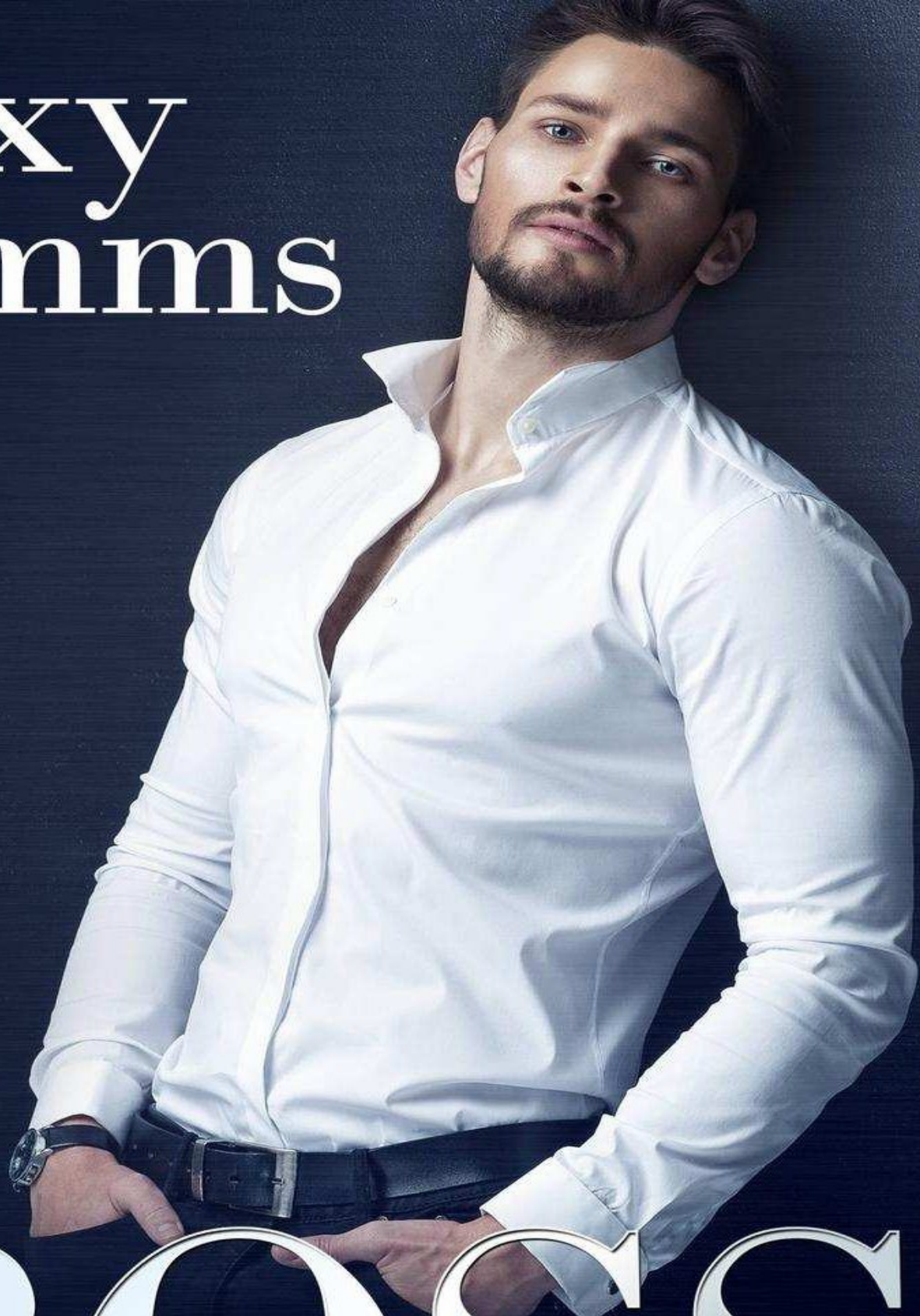
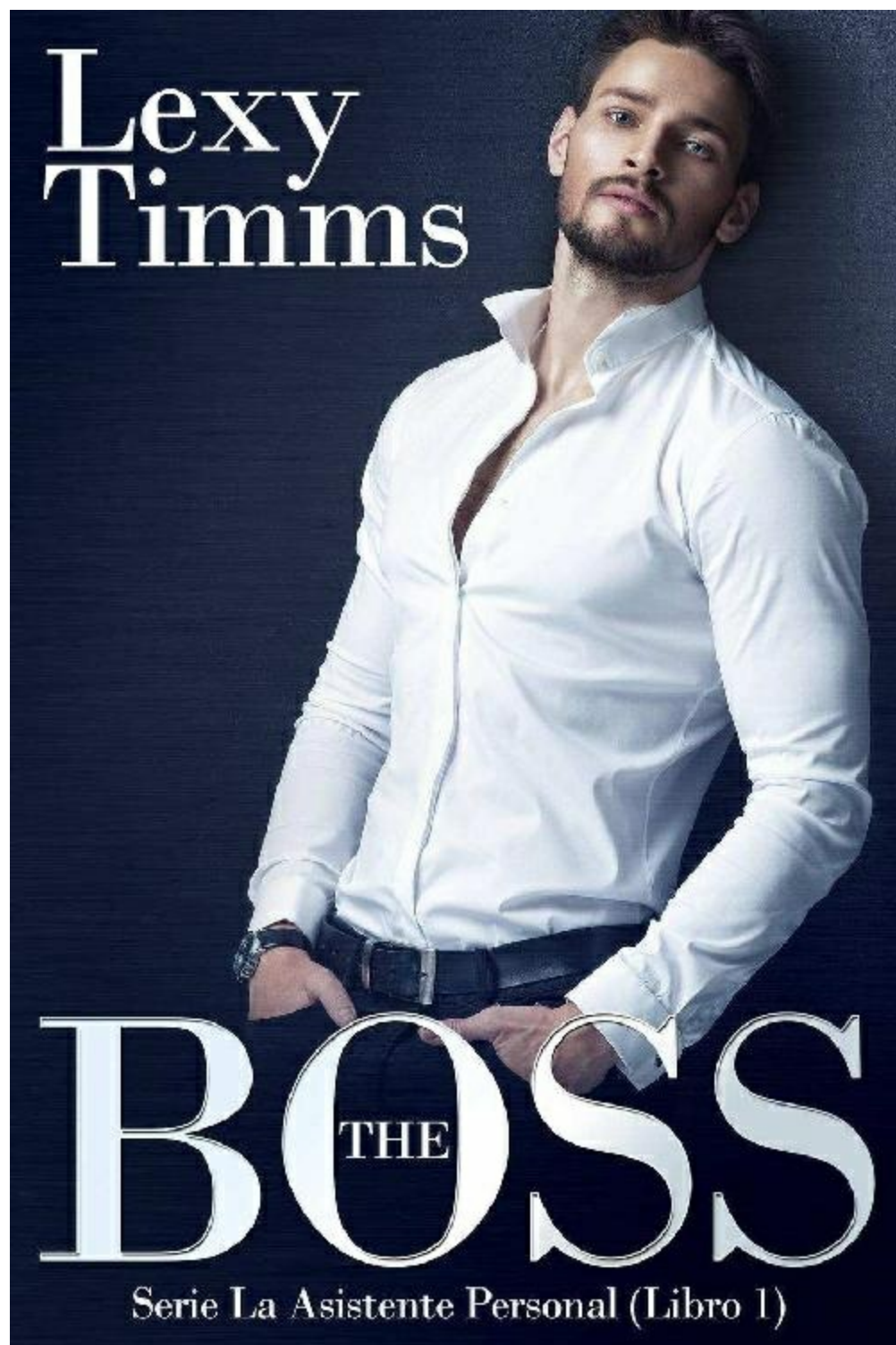


Lexy
Timms



BOSS
THE

Serie La Asistente Personal (Libro 1)



THE BOSS: Serie la asistente personal (libro 1) Lexy Timms

Traducido por Lola Fortuna

“THE BOSS: Serie la asistente personal (libro 1)”

Escrito por Lexy Timms

Copyright © 2017 Lexy Timms

Todos los derechos reservados

Distribuido por Babelcube, Inc.

www.babelcube.com

Traducido por Lola Fortuna

Diseño de portada © 2017 Book Cover by Design

“Babelcube Books” y “Babelcube” son marcas registradas de Babelcube Inc.

Tabla de Contenidos

[Página de Título](#)

[Página de Copyright](#)

[The BoSS](#)

[Sigue a Lexy Timms:](#)

[Sinopsis:](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

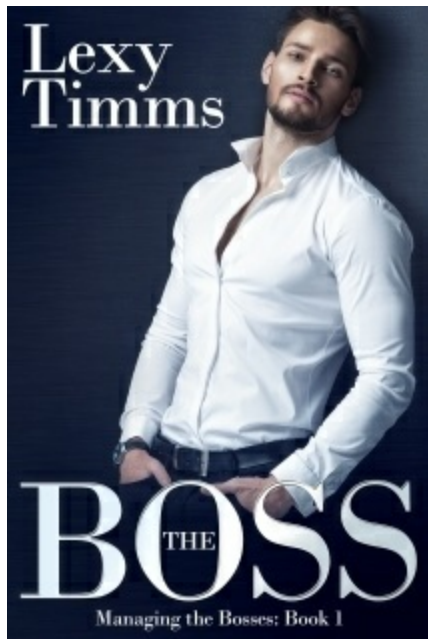
[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)



The BoSS

Libro 1

Serie La Asistente Personal

Lexy Timms

Serie La Asistente Personal

The Boss

Libro 1



Sigue a Lexy Timms:

Lexy Timms Newsletter:

<http://eepurl.com/9i0vD>

Lexy Timms Facebook:

<https://www.facebook.com/SavingForever>

Web de Lexy Timms:

<http://lexytimms.wix.com/savingforever>

Índice

Serie La Asistente Personal [1.....2](#)

Sigue a Lexy Timms: [.....3](#)

Sinopsis: [.....5](#)

Capítulo [1.....8](#)

Capítulo [2.....16](#)

Capítulo [3](#).....19

Capítulo [4](#).....26

Capítulo [5](#).....29

Capítulo [6](#).....33

Capítulo [7](#).....43

Capítulo [8](#).....50

Capítulo [9](#).....58

Capítulo [10](#).....64

Capítulo [11](#).....78

Capítulo [12](#).....84

Capítulo [13](#).....92

Capítulo [14](#).....104



Sinopsis:

De la autora superventas, Lexy Timms, llega una novela romántica de multimillonarios que te hará perder la cabeza; te enamorarás como la primera vez.

Jamie Connors ha tirado la toalla en la búsqueda de un hombre. Es inteligente, guapa y, sí: puede que tenga algún kilito de más. Es un verdadero imán para el tipo de hombres que no se comprometen.

La boda de su hermana es el telón de fondo en el que está puesta toda la atención de la familia. Esto no sería un problema para Jamie, si su hermana no la presionara continuamente para que adelgace y quepa en el vestido de dama de honor, si no tuviera a su madre todo el tiempo encima y si su ex no estuviera a punto de convertirse en su cuñado.

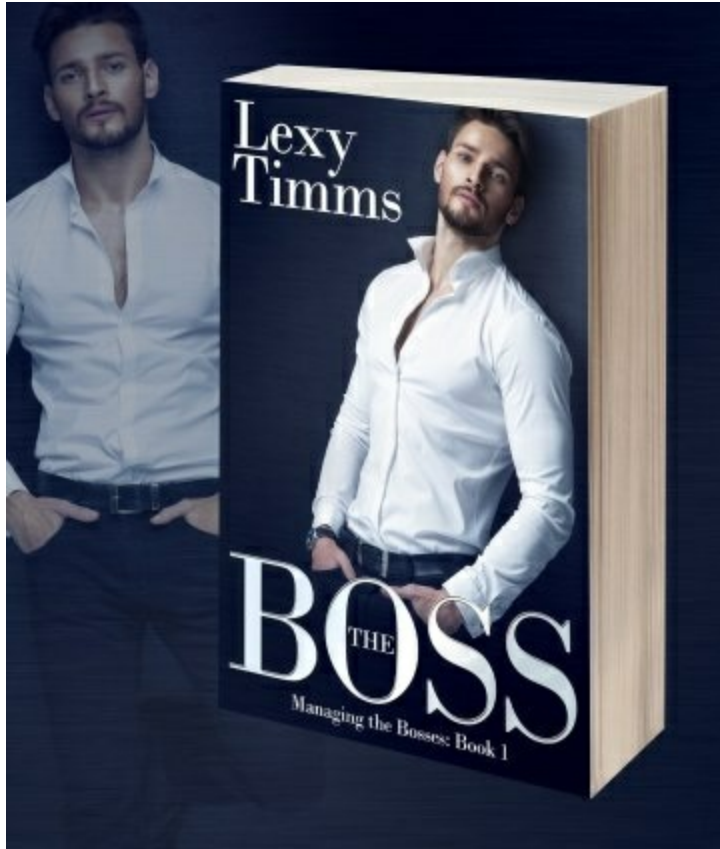
Con la determinación de darle un giro a su vida, acepta trabajar como asistente personal para el multimillonario Alex Reid. Entre los beneficios se encuentra un apartamento propiedad del jefe. Esto le permite a Jamie dejar de vivir en el sótano de la casa de sus padres.

Jamie tiene que encontrar el equilibrio en su vida y, a la vez, aprender a trabajar para su jefe multimillonario sin enamorarse de él.

**** The Boss es el primer libro de la serie La Asistente Personal. No encontrarás todas las respuestas a tus preguntas en el primer libro. Puede que acabe en *cliffhanger* (suspense).**

Para lectoras mayores de edad. Hay escenas adultas, aunque se trata de una historia de amor, NO

de novela erótica.



Capítulo 1

Une hora más y podré marcharme. Solo aguanta una maldita hora más.

Jamie contuvo la tentación de mirar su móvil por quinta vez en veinte minutos. No sabía qué esperaba encontrar allí. No podía hacer que el tiempo pasara más deprisa. Su atención volvió a la fiesta de compromiso de su hermana, algo que se suponía que debía disfrutar... En teoría. Sin embargo eso era más que imposible, con su puto ex sentado justo enfrente, rodeando con el brazo a su hermana.

Stephen se dio cuenta de que Jamie los estaba mirando y forzó una sonrisa falsa. Jamie desvió la mirada hacia el agua con hielo que se pidió en vez de la cerveza que de verdad le apetecía. Había pensado que podía hacer un esfuerzo para demostrarle a su familia que quería perder peso.

—¿Ya has elegido dónde os vais a casar, Christine? —preguntó la madre de Jamie. Su codo huesudo se le clavó a Jamie en el costado cuando se movió

para coger su vaso de agua.

Jamie hizo un esfuerzo para abandonar la posición encorvada que tenía, aunque segundos después volvió a encoger los hombros hacia adelante.

–Aún no –Christine le sonrió a su prometido–. Habíamos pensado en aquella iglesia pequeña tan mona que hay a unas manzanas del piso de Stephen.

¡Mi piso! Al menos lo era, hasta que Stephen se negó a marcharse. Como los ahorros eran cada vez más escasos al final había resultado más sencillo dejar que se lo quedara y decirle al casero que le pasara a él el alquiler. Jamie no discutió cuando el casero insistió en dejar el nombre de ella en el contrato además del de Stephen. También se quedó callada cuando tuvo que mudarse al sótano de la casa de sus padres. Algo que *esperaba* que fuera temporal.

–¡Ay, esa iglesia es tan bonita! Sí, deberíais mirarla, definitivamente. Es Metodista, ¿verdad?

Jamie se ponía de los nervios con el tono de su madre. Sabía que no le importaba en lo más mínimo lo mona que pudiese ser la iglesia, tan solo quería oír la confirmación de que lo que ella creía estaba bien. Así era ella.

–Por supuesto –dijo Stephen–. No nos casaríamos en una iglesia que no fuera Metodista.

El padre gruñó y miró el reloj. Era el único en la familia que parecía darse cuenta de que Stephen no había sido el rey de los encantos cuando lo habían presentado a la familia como novio de Jamie. O quizás fuera que no le gustaba porque no lo consideraba digno de llevarse al encantador angelito que era Christine; Jamie no estaba segura. No había podido preguntárselo a su padre.

En ese momento trajeron la comida y a Jamie se le hizo la boca agua con los aromas. No podía dejar de mirar las enormes hamburguesas, ni el pollo con patatas que preparaban en aquel pub. El camarero hizo equilibrios para servir los enormes platos de comida basura que llevaba en la bandeja. Sonrió mientras ponía la hamburguesa y el pollo frito frente a Christine y Stephen; el pollo a la Alfredo y las tartaletas de cangrejo frente a sus padres, y luego le

ofreció una sonrisa condescendiente a Jamie y le puso el pequeño cuenco de ensalada. Fue cuando ella se dio cuenta de que el tamaño era como de guarnición.

–Como llegabas tarde, me tomé la libertad de pedir por ti –dijo Christine sobre su plato que rebosaba de comida frita–. Sé lo mucho que quieres perder peso, Jamie. Después de todo, el vestido de dama de honor es muy ajustado. –Miró a Stephen–. No voy a poder con todo esto ni de broma.

Jamie se tragó la rabia y le ofreció una sonrisilla a su hermana pequeña.

–Gracias, es perfecto. –Para un *conejo*. Cogió los crostones mientras Christine asentía y le daba un mordisco a su fritura.

–Cariño, ¿estás segura de que quieres crostones? – Su madre los puso fuera de su alcance–. Tu hermana se ha tomado la molestia de pedirte algo sano y vas a estropearlo.

–No creo que los crostones sean los responsables de mi talla cuarenta y dos.

Jamie intentaba que no le leyeran la cara. *La comida china que me voy a pedir en cuanto salga de aquí sí que tiene algo que ver.* Vació el paquete entero de crostones en la ensalada, ignorando la mirada que intercambiaron Stephen y Christine. *Así es, ya podéis buscar una dama de honor de recambio. ¡Me voy a comer todos los putos crostones!* No estaba gorda, lo sabía, pero su familia la hacía sentir como si fuera una obesa comparada con la talla treinta y dos de su hermana. Seguramente su queridísima hermana le había pedido la ensalada sin aliño o con el mínimo. Dio un bocado, de verdad le habría gustado que las ensaladas vinieran automáticamente con aliño extra. Y quizás un poco de pan de ajo. Pan de ajo con queso.

–¿Y la luna de miel? –le preguntó su madre a Christine–. ¿Ya habéis escogido adónde vais a ir?

–Aún no. –Christine estaba radiante, mirando al hombre que tenía a su lado–. Stephen dice que quiere sorprenderme. Lo único que pido es que sea algún lugar donde haga calor. –Le limpió una manchita de ketchup que él tenía en el labio–. Jamie me ha dicho que me acompañará a comprarme el traje de

baño.

¿Verdad, Jamie?

Jamie asintió, incapaz de responder mientras masticaba su insípida lechuga iceberg.

—Sería mejor que tomaras bocados más pequeños. —Su madre meneó la cabeza—. Así te sentirás satisfecha antes. Quizás así no necesitarías todos esos crostones que has echado.

¡Déjame en paz de una maldita vez, mamá! No tengo dieciséis años.

— Por supuesto, mamá. —Jamie sonrió y bebió un trago de agua—. *Joder, ¿por qué no me he pedido una cerveza? ¿O seis?*

—Me apetecería algún lugar en el Mediterráneo o en el Caribe. —Christine suspiró de forma teatral—.

Tan solo un pequeño resort tranquilo e íntimo en el paraíso. —Se giró hacia Stephen y le dio un beso en la mejilla—. *¿A que estaría bien, cariño?*

—Sería el paraíso —Él frotó la nariz contra la de ella.

Jamie tenía ganas de vomitar la insulsa ensalada que tenía en el estómago. Se levantó.

—Perdonadme, vuelvo ahora mismo.

No esperó a ver la mirada de reprobación de su madre o a escuchar algún comentario desagradable de alguien. Se giró y caminó hacia el servicio con los ojos mirando al suelo que tenía delante. Levantó a mirada para asegurarse de que entraba en el servicio correcto. En cuanto cerró la puerta de su baño suspiró.

—Chica, cuarenta y cinco minutos —murmuró—. Luego podrás marcharte.

¡Pero la salida estaba tan cerca! Lo único que tenía que hacer era escabullirse y no volver a verlos...

hasta el maldito día de la boda.

Si no viviera en el sótano de sus padres. Si tuviera suficientes ahorros para salir de la ciudad. Si...

Entonces podría desaparecer de verdad.

Se obligó a tranquilizarse, sabía que no podía ir a ningún sitio. Tenía inteligencia, sentido común, trabajaba duro y era agradable cuando su familia no estaba a la vista. Tan solo tenía que creer que podía hacerlo.

¡Basta! Se acercó al espejo del baño para retocarse el maquillaje. Ya era bastante malo que Stephen la hubiera dejado por su hermana pequeña, que estaba más buena y era más joven. No necesitaba parecer la chica que había sido rechazada. Sencillamente no debía ser. Ella y Stephen no habrían durado. Lo sabía, pero ello no disminuía ni el dolor ni la humillación.

Para hacer más tiempo ensayó su sonrisa en el espejo, intentando que pareciera más sincera y segura.

–Eso es, Stephen, hijo de puta –le dijo a su reflejo y se rió–. No te necesito. Ya puedes besarme el trasero, maldito hijo de perra, superficial.

Se quedó helada al oír la voz de Stephen del otro lado de la puerta. Aquel baño dejaba que se oyera todo.

–¡Alex! ¿Cómo estás?

¡Mierda!

–Me alegro de verte, Stephen. –Se oyeron las típicas palmadas que siempre acompañan a los abrazos de los tíos–. ¿Cómo te va con la vida de prometido?

–¡Es casi fantástica! ¿Qué tal la vida del eterno soltero?

–Aún mejor.

–Seguro –Stephen se echó a reír, lo que tan solo consiguió que Jamie pusiera los ojos en blanco dentro del baño–. Te han salido algunas canas. ¿Te está

consumiendo el trabajo?

Se oyó un suspiro y Jamie se imaginó a un chico alto, moreno y guapo pasándose las manos por el pelo. El desconocido debía ser espectacular, por supuesto. Stephen solo tenía amigos increíblemente guapos. *Adicto al trabajo, obviamente. Alrededor de los treinta.*

–Mira que llevo tiempo diciéndote que contrates una asistente personal –dijo Stephen–. Uno de estos días te vas a encontrar con el agua al cuello en un mar infestado de tiburones.

–Lo sé –Alex suspiró otra vez–. En realidad estoy buscando. ¿Conoces alguna? –Dejó escapar una risilla.

–¿De verdad? –Stephen se rió–. La verdad es que tengo a la chica perfecta para ti. Tiene experiencia como secretaria. –Su risa se volvió nasal–. Y está buscando trabajo.

Jamie puso los ojos en blanco, ya se imaginaba el tipo de secretaria que Stephen le iba a sugerir. Una Barbie. La perfecta modelo de talla treinta y cuatro.

–Espera, Stephen. –Alex sofocó una risa, fue un sonido delicioso que escapaba de sus labios, lo que hizo que Jamie se muriera por saber qué aspecto tenía–. Estoy seguro de que lo haces con la mejor intención, pero no quiero distracciones en el lugar de trabajo. Puede que a ti no te importe, pero yo tengo muchas cosas en la empresa.

Alex debió darle un puñetazo juguetón en el hombro a Stephen o algo así.

–Esta te gustará –insistió Stephen.

–Si es tan guapa como tu prometida nunca funcionará. Necesito a alguien eficiente y trabajadora, no a una hermosa distracción.

Stephen silbó.

–¿Tan guapa como Christine? Qué gracioso. No, no es nada atractiva. En realidad es la hermana mayor de Christine, Jamie.

Jamie se puso roja. Stephen no dijo que no fuera “nada atractiva” cuando le rogaba que se acostara con él.

–Apuesto a que es espectacular –Alex hizo una pausa, probablemente estaba meneando la cabeza o asomándose a ver dónde estaba sentada Christine para echarle un vistazo a la “hermana mayor”–. ¿Está aquí con vosotros?

–Sí –dijo Stephen–. Ahora está en el servicio. ¿De verdad que no quieres a alguien atractiva? –Dio una palmada y se frotó las manos. Jamie se lo imaginó encogiéndose de hombros mientras Alex asentía–.

¡Hey! ¿Por qué no te sientas en nuestra mesa? Cuando salga os presento.

Jamie sintió la boca horrorosamente seca. Lo último que quería era que el espectacular amigo de Stephen la observara durante la cena para juzgar si era lo suficientemente fea para no resultar una distracción. Se miró al espejo antes de alisarse la ropa. Respiró hondo, metió la tripa e intentó parecer tranquila mientras abría la puerta del servicio, sorprendiendo a Stephen y Alex.

Le sonrió como si nada a su ex.

–¡S-Stephen! –casi tartamudeó al ver al hombre que había junto a su futuro cuñado.

No le habría sorprendido escuchar el golpe de su propia mandíbula golpeando contra el suelo. El hombre más espectacular que hubiera visto en su vida estaba delante de ella. Ojos azul marino que hacían que le entraran calores por todas partes. Parecían brillar en contraste con su bronceado, que por cierto era demasiado bonito para ser falso. A pesar del comentario de Stephen sobre las canas, ella no veía ni una en aquel pelo castaño ni en la perilla. *¿Y él juzga a otras personas sobre distracciones en el lugar de trabajo?*

–Jamie, estábamos hablando de ti –titubeó Stephen.

–Lo sé –dijo Jamie cortándolo–. Las paredes del servicio son una basura. Lo he oído todo.

Stephen tuvo la decencia de parecer avergonzado, pero luego se recuperó y volvió a su máscara indescifrable.

–¡Bien! Entonces ya sabes lo que está buscando Alex. –Señaló hacia mister guapo-moreno-alto–. Este es mi amigo Alex Reid. Alex, ella Jamie, la hermana de Christine. Alex busca una asistente personal y justo le estaba contando que eres perfecta por tu experiencia como secretaria.

–Entre otras cosas.

A Jamie le habría gustado poder dejarlo en evidencia por lo que había dicho, pero necesitaba el trabajo. Tenerlo significaba que podría mudarse en uno o dos meses. Se giró hacia Alex y le sonrió, ofreciéndole la mano.

–Encantada de conocerte. –Esperaba no tener la mano sudada–. Puedo mandarte mi currículum. Estoy segura de que Stephen me puede dar tus datos de contacto.

La mano de él estrechó la suya, haciendo que un relámpago de algo nuevo le corriera por las venas.

Quizás fuese el sabor de la libertad.

– Perdonad, pero debería regresar a la fiesta de compromiso de mi hermana.

Antes de que Alex pudiera decir una sola palabra, Jamie giró sobre sus tacones y se dirigió a la mesa conteniendo las lágrimas, sintiendo que aquello bien podía encabezar la lista de las cosas más humillantes que le habían ocurrido en la vida.

Capítulo 2

–No puedo creer lo que acabas de hacer –susurró Alex.

Jamie aún lo oía a pesar de que estaba alejándose.

–No sé quién ha pasado más vergüenza, si la chica o yo.

–¿Y yo cómo iba a saber que estaba escuchándome? –Stephen se aclaró la

garganta—. Además, no sé de qué se sorprende. Ya sabe que tiene que perder peso.

—Stephen —le advirtió Alex—. Tu falta de sutileza y vergüenza resulta vulgar. Además, la chica ni siquiera es fea. Tiene unos ojos azules muy bonitos y una sonrisa preciosa. —Hubo una pausa. Jamie pensaba que ya no podía oírlo, cuando escuchó—: ¿Cuándo te convertiste en un capullo, Stephen?

Stephen le dio una palmada en la espalda a su amigo.

—Siempre he sido un capullo, Alex. Es solo que estás demasiado ocupado para darte cuenta.

—Eso parece.

Jamie fingió que se le caía algo para poder escuchar el resto de la conversación.

—En fin —dijo Stephen—. ¿Te sientas a cenar con nosotros? Van a pagar los padres de Christine.

—Ya me marchaba —respondió Alex—. Que pases una buena velada. Asegúrate de darle mi dirección de contacto a Jamie.

Jamie levantó la vista cuando él dijo su nombre.

—Lo haré —gritó Stephen mientras Alex salía del pub. Cogió a Jamie por el codo unas cuantas mesas antes de llegar a la suya, donde no podían oírlos—. Estamos en paz.

—¿Perdona? —Jamie tiró para liberar su codo pero él no se movió.

Stephen se encogió de hombros y miró rápidamente hacia la mesa mirándola luego otra vez a ella.

—Tú me presentaste a Christine y ahora te devuelvo el favor.

—No necesito que me hagas favores —Tembló, odiaba que la tocara.

–Ahora sí. Alex casi no tiene amigos. Casi no sale con nadie, probablemente porque no se fía de nadie. No puede bajar el ritmo si quiere mantenerse en la cima. El mundo de Wall Street no espera a nadie. Ni siquiera a los mega multimillonarios.

¿Alex es mega multimillonario? Jamie parpadeó. ¿En qué se iba a meter? Fue hasta la mesa para recoger el bolso.

–¿Adónde crees que vas? –Christine se levantó–. Aún tenemos cosas que organizar, eres mi dama de honor.

–Estarás bien sin mí –Jamie tomó aire temblando–. Haré lo que necesites. Ya sabes que sí.

Se apresuró a salir antes de que alguien pudiera convencerla de que se quedara. Tenía la sensación de que Stephen les iba a contar lo que había ocurrido, asegurándose de dejar bien claro cómo había intentado encontrarle trabajo.

Volvió a casa por una ruta distinta a la de sus padres para que no supieran que había parado en un restaurante chino para pedir arroz frito y Rangoon de cangrejo para llevar. A solas en el parking, con una caja vacía de comida que estaba buenísima pero que probablemente acababa de añadir medio kilo a sus caderas, se apoyó en el volante del coche y se echó a llorar.

¿Cómo se había vuelto todo una mierda? Sabía que no estaba obesa, pero su familia tenía la costumbre de hacerla sentir como si fuera el elefante de la habitación.

Tenía que perder peso, sí, lo sabía. Había subido unos kilitos en el primer año de universidad y nunca los perdió, luego subió un poco más cada año. No hacía falta que se lo restregaran por la cara. Jamie se sonó la nariz con una servilleta arrugada. Derramó más lágrimas estúpidas. No ayudaba que su novio...

exnovio... quien se suponía que debía quererla incondicionalmente también se diera cuenta y se apresurara a dejarla porque estaba “redondita de caderas”. Nunca sería tan capullo con Christine porque sus huesecitos eran

gloriosamente perfectos.

Y ahora Alex pensaría que ella era patética... Aún cuando le diera el trabajo. Probablemente era un jefe horroroso de todas formas. Jamie sorbió por la nariz y casi se echó a reír. Al menos ser fea tenía alguna ventaja. No había posibilidades de resultar tan sexy que él se volviera loco de deseo cuando debería estar trabajando.

Jamie necesitaba el trabajo. Así podría marcharse del sótano de sus padres para empezar en otro lugar.

Echó un poco de desinfectante de manos en una servilleta nueva y se limpió la cara y las manos antes de guardar las cajas de comida vacías debajo del asiento y salir del parking.

–Jamie –se dijo por el espejo retrovisor–. Todos los hombres son unos cerdos. Tú no tienes por qué atarte a uno como ha hecho Christine. Se acabó, ya no te queda nada. –Respiró hondo–. Encuéntrate a ti misma.

Capítulo 3

Jamie recibió una llamada de Alex dos días después.

–En primer lugar quiero disculparme por como nos conocimos –dijo después de intercambiar saludos–. No era mi intención faltarle el respeto ni a ti ni a nadie. Lamento el comportamiento de Stephen.

Jamie se sentó recta y apartó el portátil.

–No tienes que disculparte. –Quería ese trabajo pero no iba a comportarse como la persona débil e insegura que probablemente Alex pensaba que era–. No eres responsable del comportamiento de Stephen.

Él es... en fin, Stephen.

–Es un capullo –dijo Alex sin rodeos–. Espero que podamos olvidarlo y que no te sientas insultada si te ofrezco entrevistarte mañana a las dos. La entrevista no tiene nada que ver con Stephen. Tu CV es impresionante e ideal para este puesto.

No es lo único ideal para el puesto. Necesitas a alguien que no sea guapa. Jamie hizo una mueca y pensó en el dinero que iba a ganar. *Podrás mudarte del sótano.*

–De acuerdo –dijo, intentando sonar profesional e impasible–. Mañana me viene bien. ¿Dónde quieres que nos encontremos?

–En mi oficina. Te mando la dirección por email ahora mismo –dijo Alex–. Gracias, señorita Connors. Nos vemos entonces.

–Te veo mañana a las dos.

En cuanto colgó, sonó su email para indicarle que tenía un mensaje nuevo de Alex. Sonrió por su rapidez y lo abrió. Tenía la dirección e indicaciones para llegar; también la descripción del puesto de trabajo y los beneficios. Jamie sonrió de oreja a oreja al ver el mayor beneficio: un apartamento de dos dormitorios a tres manzanas de la oficina de Alex y un sueldo del doble de lo que ganaba en su último trabajo. No permitiría que el puesto se le escapara.

La tarde siguiente Jamie se aseguró de llegar a la oficina de Alex quince minutos antes. Llevaba un traje nuevo que no era maravilloso pero no estaba mal en su opinión. Se había peinado los rizos rubios en un conservador recogido alto. No se resistió a ponerse un poquito de maquillaje para esconder las ojeras y un toque de color en los labios. No demasiado para que no resultara obvio, pero lo suficiente para estar más presentable. Casi no había dormido la noche anterior y tenía una pinta horrorosa al levantarse por la mañana. Solo algunos arreglos artificiales podían ocultar los daños. No estaba demasiado preocupada.

Alex Reid no buscaba una chica guapa, necesitaba a alguien que fuera eficiente y Jamie lo era.

–El señor Reid la verá en un momento –le dijo una secretaria delgadísima.

Jamie se sentó en una silla en la zona de espera y miró a su alrededor, al immaculado edificio de oficinas. Era mucho más bonito que el último en el que había trabajado. Los suelos y techos eran de mármol blanco y negro y

había bonitos cuadros tanto clásicos como modernistas que añadían un toque de color a las paredes. Debía costar todo una fortuna. ¿Alex era el dueño de todo esto? Ella ya se había imaginado que tenía dinero, pero esto era realmente extravagante. Se le secó la boca al darse cuenta de que no tenía ni idea de lo que Alex hacía en la empresa ni de su puesto. Debería haber hecho los deberes.

¡Idiota!

El móvil sonó, interrumpiendo sus pensamientos. Jamie saltó ante el sonido y lo sacó del bolso.

–Christine, ahora no puedo –susurró.

–Será rápido –dijo su hermana–. ¿Ya has enviado las invitaciones?

–Aún no, no han llegado los sobres. Y pensaba que todavía no habías acabado con la lista de invitados.

–Jamie –lloriqueó quejándose–. Se suponía que me ibas a ayudar con eso la semana pasada, ¿lo recuerdas? No tienes ni idea de lo estresante que es esto de la boda. Tengo que...

Alex apareció por la puerta de su despacho, arqueando la ceja de una forma que podía provocar miedo y desmayo al mismo tiempo. Se apoyó en el marco de la puerta, la cara chaqueta del traje se le levantó en los brazos cuando los cruzó, dejando a la vista unos gemelos de oro.

Jamie no tenía ni idea de cuánto tiempo llevaba allí. –Christine, tengo que dejarte.

Jamie le dio con fuerza al botón de colgar, intentando que el sonido de las quejas rabiosas de su hermana dejara de hacer eco en las ventanas de la sala de espera. Le había dado al altavoz en vez de colgar. La voz de Christine se escuchó alta y clara: –¡Eres una puta incompetente! Ahora voy a tener que hacerme cargo de...

Jamie consiguió colgar antes de que su hermana terminara.

Con la cara en llamas, guardó el móvil en el bolso y levantó la cabeza para mirar a Alex. No tenía valor para dejar que sus ojos se encontraran.

–Lo siento, señor Reid –balbuceó–. Mi hermana tiene la crisis del mediodía.

–Al parecer no es tan seria si puedes colgarle para tener la entrevista.

Jamie se puso de color rojo oscuro, luchando por mantener una expresión neutral.

–Lo hemos resuelto rápido –dijo. Quería sonreír, pero apretó los labios para evitar que se le curvaran hacia arriba–. Gracias por hacer un hueco para verme hoy.

Él ladeó la cabeza y la hizo pasar a su despacho.

–Como te dije por teléfono ayer, tu currículum es impresionante.

Jamie entró y se sentó rígida en la silla que había frente al enorme, pero bien organizado escritorio de caoba. *Así que esta era la forma en la que iban a ser las cosas a partir de ese momento.* Aparte de la reunión informal y de la charla por teléfono, estaba claro que Alex prefería que sus relaciones de trabajo fueran estrictamente formales. A Jamie eso le parecía bien. Prefería guardar las distancias.

–¿Lo repasamos? –Alex se sentó detrás del gran escritorio, en una silla innecesariamente grande, aún para su fuerte constitución. Entrelazó las manos sobre una carpeta de cuero–. ¿Por qué debería contratarte?

¿Porque no quiero vivir en el sótano de la casa de mis padres?

– Tengo una excelente ética profesional –dijo Jamie–. No me asusta el trabajo duro. Soy eficiente, las horas extra no me echan para atrás y tengo más preparación de la necesaria para este puesto de trabajo. –

¿Él estaba sonriendo? Jamie parpadeó y se centró en sus títulos–. Soy más que eficiente con las multitareas y en la gestión del tiempo; tanto del mío como del tuyo.

–Casi todos los cursos de gestión del tiempo dicen que la multitarea hace perder eficiencia; el trabajo resulta de poca calidad y tarda demasiado.

Él no parpadeaba.

Ella tampoco.

–Esa gente se equivoca.

Alex arqueó una ceja.

–No me digas –se desabrochó un botón de la chaqueta–. ¿Por qué crees eso?

–El truco no está en hacer dos cosas al mismo tiempo –dijo Jamie poniéndole imágenes mentales a lo que quería explicar–. Sino en hacer una mientras esperas a que se termine otra–. Por ejemplo, si el ordenador se está actualizando, puedo responder al teléfono u organizar el material para la agenda del día. Para que funcione hay que pasar toda la atención de una cosa a otra inmediatamente.

–¿Y si el teléfono suena primero?

–¿Perdona?

–¿Qué pasa si esperas a que suene el teléfono y decides mientras tanto actualizar el ordenador?

Ella lo miró fijamente.

–Respondes. El ordenador se actualiza solo. Solo hay que dar al ‘ok’ cuando termina.

¿Se trataba de una pregunta con trampa?

–Interesante –dijo Alex. Ni su cara ni su lenguaje corporal dejaban ver nada–. Dime, señorita Connors, ¿qué tipo de crisis tenía tu hermana?

Y ahora era cuando se le escapaba la oportunidad de este trabajo. Jamie suspiró.

–Quería saber de las invitaciones para la boda.

–¿Qué les pasa?

–Saber si las había enviado o no.

–¿Y?

Jamie sacudió la cabeza.

–¿Culpa tuya o de ella?

–De ninguna. O de las dos, supongo. La lista de invitados no está terminada y los sobres no llegaron junto con las invitaciones. Aún...

–¿Qué te pareció la hospitalidad de mi secretaria?

Alex asintió, dejándola completamente confundida por aquella pregunta.

–Ha sido muy educada y profesional –respondió Jamie sin dudar.

–¿Y qué pasaba con los sobres?

–Que no han llegado.

–Hay un archivo importante que es demasiado pesado para adjuntarlo en un email, pero lo necesito en una hora. ¿Cómo me lo vas a hacer llegar?

–Mensajero en bicicleta.

–¿Vas a montar en bicicleta? –Parpadeó como si él mismo se sorprendiera ante su pregunta–. ¿Por qué no por fax?

–Porque no tienes máquina de fax.

¡Toma! ¡Chúpate esa! ¡Jaque!

Jamie observó un amago de sonrisa en la cara de Alex y le correspondió con una pequeña.

–Pues sí que sabes mover rápido tu atención. –Alex se apoyó en la silla–. Al menos en la conversación. Tus antiguos jefes hablan maravillas de tu ética profesional. ¿Cuándo dejaste tu último trabajo?

Jamie apretó los labios. Dejó su último trabajo porque Stephen era el hijo de su jefe. Pero entonces Alex Reid tendría que saber que Stephen era su ex y salir con el hijo del jefe, definitivamente, no era nada profesional. Además parecería mucho más patética.

–Tuve problemas personales con otro empleado. Ya se ha resuelto y no pienso repetirlo.

Alex apoyó los brazos en la silla y el rastro de sonrisa desapareció.

–Voy a dejar una cosa muy clara, señorita Connors. Valoro la honestidad de mis empleados más que ninguna otra cosa y si piensas que contando verdades a medias va a parecer que no tienes fallos y que así obtendrás el trabajo, te equivocas. No voy a volver a preguntarte qué ocurrió.

Jamie respiró profundo.

–Vale. Me marché porque tenía una relación con el hijo del jefe. No me parecía que estuviera bien seguir trabajando allí.

Alex asintió.

–¿Y cómo sé que eso no volverá a ocurrir?

–No acabó bien. Nunca volveré a cometer el mismo error.

–¿Qué pasó?

–Se prometió con mi hermana.

Alex abrió mucho los ojos mientras Jamie esperaba que la mirara con lástima. Esperaba que la echara del despacho y que no quisiera volver a hablar con ella nunca más. Sin embargo recuperó su expresión fría y enigmática. Sonrió y se puso de pie.

–Creo que tengo toda la información que necesitaba –dijo.

Jamie también se levantó y le estrechó la mano.

–Gracias, Connors. Que tengas muy buen día.

–Muy buen día, señor –dijo ella con el corazón encogido.

Él la acompañó hasta la puerta y se la abrió. Jamie casi había llegado al ascensor cuando lo oyó decir: –¿Señorita Connors?

Se giró.

–Sí, señor Reid.

–Te quiero ver mañana a las seis en punto. No llegues tarde al primer día de trabajo.

Cerró la puerta dejando a Jamie en el pasillo, con la boca abierta, un gesto muy poco profesional.

Capítulo 4

–¿Estás segura de que quieres hacerlo, Jamie? –preguntó su madre–. La boda de tu hermana será dentro de unos cuantos meses y de verdad te necesita. Además, no creo que estar sentada le haga ningún bien a tu figura.

Le daban ganas de lanzarle una almohada a su madre. *¿De verdad? ¿No iba a animarla ni siquiera un poco, no iba a felicitarla?* Jamie apretó los dientes.

–Piensa que ahora que gane dinero podré darles un regalo de boda mejor.

Su madre no estaba muy convencida.

–Más te vale comprarles un buen regalo –dijo–. Stephen se ha tomado muchas molestias para conseguirte este trabajo.

Claro, porque yo sola no puedo conseguir nada. Seguramente fue por eso por lo que me recomendó. Para que les comprara un mejor regalo de boda.

Era dudoso que aquel capullo tuviese una conciencia que quisiera tranquilizar.

–Lo haré, mamá. –Jamie se obligó a sonreír, guardó el resto de sus cosas en una caja y la cerró con cinta adhesiva.

Eran las ocho de la noche; habían pasado menos de seis horas desde que había sido contratada oficialmente para trabajar para Alex Reid. Era la mudanza más rápida que había hecho, incluso más que cuando se mudó de su... Bueno, del apartamento suyo y de Stephen. La diferencia era que ahora tenía que salir del sótano de sus padres antes de que la volvieran loca o de que descubrieran el almacén de comida chatarra que tenía debajo del sofá para poder soportar la peor locura preboda de la historia. Iba a llevar sus cosas al nuevo apartamento que, con suerte, ya estaría disponible. Alex Reid arqueó las cejas cuando ella le pidió la llave, pero se la dio sin hacer preguntas. Quería descargarlo todo ella misma y dormir en el suelo aquella noche.

Su madre soltó un suspiro sonoro por enésima vez.

–De verdad me gustaría que te lo pensaras, cariño.

–Ya lo he pensado –dijo Jamie–. De verdad. Es una buena decisión, mamá. Para todos. Va a ser un buen lugar para mí.

–Es que me gustaría que hubieses pensado en tu hermana antes de marcharte.

Jamie puso los ojos en blanco. Christine no dependía para nada de ella, tenía una vida propia. ¿Por qué demonios iba a tener que pensar en ella antes de tomar una decisión? Sonrió. Ahora Stephen se encargaba de eso.

–Me voy, mamá. Asúmelo –soltó.

Levantó la caja y salió por la puerta abierta hacia el césped que había junto al coche. Su madre se retiró indignada, dejando a Jamie que cargara con todas las cosas, algo que le parecía bien, aunque tardara el doble y acabara exhausta. Al menos el apartamento estaba amueblado.

Cuando cerró el maletero con un golpe, su padre salió de casa.

–Tu madre está llorando dentro –dijo, mirándola como si quisiera marcharse con ella–. ¿Te vas?

–He encontrado trabajo, papá –dijo–. Incluye un apartamento. Empiezo mañana.

Él sonrió de oreja a oreja y la abrazó.

–Felicidades, mi niña.

Jamie sonrió con amplitud, saboreando su aprobación.

–Gracias, pa...

Justo en ese momento sonó el móvil. Él lo sacó del bolsillo y lo miró.

–Del trabajo –dijo–. Perdona, Jamie. Buena suerte con la mudanza. – Respondió mientras caminaba de vuelta a casa.

Jamie lo observó mientras se marchaba; montó en el asiento del conductor y arrancó el coche.

Y así, sin más, el único entusiasmo procedente de su familia por el nuevo trabajo, había concluido.

Salió de la plaza de aparcamiento decidida a empezar de cero.

Capítulo 5

Jamie puso la dirección de su apartamento en el GPS y se movió por las calles hasta donde tenía que ir.

No reconocía la calle, pero daba por sentado que no estaría lejos de la oficina de Alex Reid. Su antiguo barrio de casitas desapareció para ser sustituido por uno de casas de estilo rural detrás de la carretera.

Por el número y la dirección creía que se trataría de un edificio de

apartamentos. Se rascó la cabeza al detenerse frente a una casa muy moderna y muy grande que acababa junto a la larga reja que daba paso a un garaje. Jamie revisó la dirección y el GPS.

Los dos estaban bien. Salvo que se tratara de algún tipo de broma de mal gusto de Stephen.

Apretó la mandíbula mientras bajaba la ventanilla y hablaba al telefonillo.

–Hola, sí. Soy, eh, Jamie Connors. Eh, me mudo hoy.

¿Por qué sonaba como una estúpida? Al menos la persona que controlaba la reja no se había reído de ella. O si lo había hecho había tenido el detalle de cubrir el micrófono. Se pasó la lengua por los labios y miró el reloj. Eran las ocho y media y el sol había desaparecido. Había anochecido temprano, lo que le indicaba a Jamie que el verano se había rendido ante el otoño.

Mientras pensaba si debía dar marcha atrás y volver derrotada a la casa de sus padres, las rejas se abrieron silenciosamente.

–Gracias –balbuceó. Cerró la ventanilla y subió por la cuesta.

No se había fijado bien en la casa antes y ahora, con la oscuridad, no veía mucho, salvo la moderna estructura y lo que parecía un montón de ventanas. No había mucha iluminación, salvo una fila de luces que indicaban el camino hasta una gran zona de aparcamiento con una fuente en el centro. Aparcó en el último espacio, cerca de un patio trasero cercado por una reja de hierro. No había iluminación allí atrás, salvo la luz plateada de la luna. Estaba segura de haber visto una piscina, pero no se molestó en confirmarlo porque le costaba ver en la oscuridad.

Un hombre mayor salió de la casa por una puerta cercana a donde ella había aparcado.

Jamie saltó para llamar su atención.

–¡Perdone!

Él levantó la cabeza asustado.

–Lo siento ‘ñorita. M’ha sustao. –Era imposible no notar su fuerte acento escocés.

–Busco la suite número dos –No tenía ni idea de cómo explicarlo de otra manera.

El hombre sonrió.

–Ya. Usté es la nueva asistente del señor Reid. Bienvenida. –Le tendió la mano y ella se la estrechó.

–Así que estoy en el lugar correcto, empezaba a dudarlo. Soy Jamie Connors.

–¡’cantao! Yo soy Murray MacBane, el cocinero. –Le señaló el camino con la mano—. Entre, bonita.

Le enseñó su suite. El señor Reid mencionó que quizás llegaría esta noche. L’hice una tarta y se la dejé en el frigorífico por si acaso.

–Gracias. –A su madre no le iba a gustar este hombre que hacía tartas y contribuía a que engordara antes de la boda. Jamie sonrió—. Me alegro de haberlo encontrado.

–¡Sip! ¡’taba a punto de marcharme! Yo también me alegro. –La condujo a través de las rejas de hierro hasta una puerta en la parte posterior, marcada con el número dos—. Hemos llegao. He dejao la llave que usé en su buzón.

El hombre le ofreció una amplia sonrisa. Su pelo parecía de plata bajo la luz del balcón que había encima de ellos.

–Muchas gracias.

Se giró para marcharse pero luego se detuvo y la miró.

–¿Necesita ayuda pa descargar el coche?

Ella sonrió.

–No, gracias. No he traído muchas cosas... de momento. Solo lo básico.

¿Por qué le daba vergüenza admitir que todas sus pertenencias cabían en el coche?

–¡Buena suerte, señorita!

Murray se despidió moviendo la mano y se marchó por donde entraron.

Jamie giró el pomo de la puerta. Estaba cerrada con llave. Sacó del bolso la llave que le dio Alex. *El señor Reid*. Tenía que asegurarse de llamarlo así; por lo visto todo el mundo lo hacía.

Cuando abrió la puerta y entró las luces se encendieron automáticamente. Se quedó con la boca abierta. Tonos grises, blancos y crema decoraban el enorme apartamento. Ya desde la puerta Jamie pudo apreciar el concepto de espacio abierto. Tenía fácilmente dos mil metros cuadrados, y eso era tan solo la zona de la cocina y el salón. Había una puerta entreabierta que dejaba ver el dormitorio. Jamie se echó a reír. ¿Qué le iba a pedir que hiciera el señor Reid? Fuera lo que fuera, no le importaba: ¡lo haría!

Se quitó los zapatos y corrió por el suelo de madera auténtica, haciendo piruetas en el salón. ¡Había tanto espacio! ¡Habría trabajado gratis con tal de vivir en aquel lugar! Acarició la encimera de granito y abrió el frigorífico, sentía curiosidad por la tarta de la que le había hablado Murray.

En el interior del frigorífico de doble puerta de acero inoxidable había una pequeña tarta de carne y una botella de vino blanco. ¡Perfecto! Encendió el horno para calentarla y cogió una copa del colgador que había junto al frigorífico. ¡Reid no bromeaba cuando había dicho que el apartamento estaba totalmente equipado!

Se sirvió una copa de vino y la levantó para brindar consigo misma y con el apartamento.

–¡El dormitorio!

Dejó la copa en la encimera y corrió a verlo. Había una enorme cama tamaño

king size y un armario vestido que tenía el mismo tamaño del dormitorio que Jamie tenía en el sótano de sus padres. Baño en suite con jacuzzi y una ducha en la que cabían tranquilamente cuatro personas. Jamie casi coge el móvil para darle las gracias a Stephen. Sonó la campanita del horno para indicar que había alcanzado la temperatura deseada y fue a la cocina a meter la tarta. Mientras se calentaba, llevó las cajas con sus pertenencias al apartamento.

Desembaló unas cuantas cosas mientras comía la deliciosa tarta de patatas y carne, disfrutando de otra copa de vino y luego de otra más. Pasaba de la medianoche cuando al fin se tumbó en la lujosamente suave y a la vez firme cama para cerrar los ojos un momento.

Capítulo 6

Jamie se despertó con el pitido del despertador. Se levantó deprisa y cruzó la habitación hasta donde había dejado el despertador sobre una taza de plástico para amplificar el sonido. Después de apagarlo miró a su alrededor, a las cajas, para encontrar la que tenía una “X”, pues allí estaba su ropa para ir a trabajar. La encontró. Casi había terminado de peinarse cuando sonó su móvil. Se apresuró a responder.

–¿Diga?

–Necesito que traigas a la oficina dos cafés medianos. Uno solo y el otro con tres de crema y dos de azúcar. No llegues tarde. –Colgaron antes de que Jamie pudiera responder.

Acabó de arreglarse en seguida, esperando a que la aplicación del GPS de su móvil acabara de cargarse para poder encontrar la cafetería más cercana. Se recogió el pelo en un moño firme, cogió el bolso, esperando que con las prisas no se hubiera abrochado mal los botones de la blusa.

Entró en la oficina haciendo malabares para abrir la puerta con la bandeja en la que llevaba tres cafés. Gina Campbell, la secretaria, se levantó para coger la bandeja.

–Te mostraré tu mesa muy rápido –dijo–. Has llegado justo a tiempo.

La mesa de Jamie estaba en un pequeño despacho al lado del de Alex. Había una puerta que los conectaba, así como otra puerta que daba al espacio principal.

La agenda del señor Reid está en el primer cajón de la derecha. Te va a pedir que sincronices su móvil con el de él para que sepas siempre dónde está y dónde tienes que estar tú. Más tarde te enseño el resto de la oficina, ahora tienes que llevarle los cafés. No le gusta que se enfríen.

—Ah, ¿uno de ellos no es para ti?

Jamie aún no conocía a ningún empleado, pero como Gina trabajaba en el despacho de enfrente, había asumido que uno de los cafés era para ella.

Gina meneó la cabeza.

—Para su novia —susurró.

—Ah —Jamie asintió—. Gracias.

—Están en su despacho. Llama antes.

Jamie asintió.

—¡Gracias! —Llamó a la puerta que conectaba los despachos mientras Gina volvía a su mesa.

—Adelante —dijo Alex bajito.

Jamie abrió la puerta y entró. Alex estaba sentado frente a su escritorio. Había una mujer muy guapa sentada sobre la mesa. No usaba más de una talla treinta y seis. Tenía unos rizos pelirrojos perfectos que le caían por la espalda y no llevaba ni rastro de flequillo. Le sonrió con cordialidad a Jamie, pero esta se percató de su arrogancia y de la expresión general de disgusto del resto de su cara.

Alex se aclaró la garganta y Jamie lo miró con las mejillas encendidas.

—El café, señor.

–El solo es para mí –dijo–. El que lleva crema y azúcar es para Annette.
¿Para quién es el tercero?

–Es para mí... señor Reid.

Jamie le pasó el café solo y le dio el otro a Annette. La próxima vez se aseguraría de dejar su café en su mesa. Parecía como si se quisiera unir a ellos.

–¿Estás segura de que has pedido *tres* de crema y *dos* de azúcar? –preguntó Annette–. Sabe asqueroso con cualquier otra combinación.

–Sí –dijo Jamie sonriendo con dulzura. *Podría ser la mejor amiga de Christine.*

Annette dio un sorbo y arrugó la nariz.

–Pasable –dijo–. Prefiero el del Starbucks. No la basura del Java Joes.

–Culpa mía –dijo Alex–. No lo especificué. –Asintió hacia Jamie–. Gracias, señorita Connors. Por favor resérvame mesa para una comida de negocios en Sinclair a la una y para el té en The Grind a las dos y cuarto. Y recuérdame cuando vuelva del té que llame a Madison Bank para darle seguimiento a su oferta. No antes, porque lo olvidaré. Ah, y programa una reunión del consejo mañana a las cinco.

Gracias.

–¿Te has enterado de todo? –preguntó Annette con un claro sarcasmo.

Jamie revisó mentalmente lo que Alex le había dicho y asintió.

–Sí, gracias. Que disfrutéis el café.

Se giró, marchándose deprisa a su mesa. *¿Que disfrutéis el café? ¿Había quedado raro? ¿Cutre?*

¿Poco profesional? Le costaba decidirlo. En los otros sitios en los que había trabajado siempre había habido un ambiente formal, pero no tanto como en

este. Pero claro, había sido recepcionista en un pequeño despacho de abogados en una ciudad del Medio Oeste de trescientos mil habitantes mientras iba a la universidad. Luego trabajó en un hotel de tres estrellas y finalmente fue la secretaria del padre de Stephen en una pequeña agencia que vendía publicidad a negocios locales. Aquella agencia de publicidad tenía un ambiente muy relajado porque trabajaban con los dueños de empresas pequeñas a los que no había que impresionar.

Aquí el ambiente era totalmente distinto.

¡Y ni siquiera sé a qué se dedica esta empresa!

Jamie estaba segura de que si Alex no era el dueño, lo era su familia. Después de todo se llamaba Reid Enterprises. Bajó la mirada hacia su blusa de estampado floral y a sus pantalones negros. Tenía que comprarse ropa. La novia de Alex era una muñequita, Gina era como una modelo alta... *¿Por qué todas eran tan delgadas en aquella empresa?* Jamie ahuyentó aquel pensamiento. Tenía trabajo y no pensaba perder aquel apartamento por nada del mundo.

Se sentó en su mesa para apuntarlo todo en la agenda y se recordó a partir de ese momento tener siempre abierta la aplicación de notas de voz en el móvil cuando él le pidiera algo.

Gina llamó a la puerta abierta y entró.

–Puedo enseñarte la empresa ahora si tienes tiempo.

–Creo que sí –dijo Jamie.

Gina sonrió.

–Asusta al principio, pero el señor Reid irá despacio contigo durante unos días hasta que te adaptes.

¿Despacio? Genial. No estaba segura de querer saber lo que era ir rápido.

–Solo por curiosidad, ¿cuál fue el problema con su anterior asistente personal? Quiero estar preparada para cuando empiece el juego rudo.

Gina parecía sorprendida.

–¿No lo sabías? Nunca ha tenido asistente personal. Siempre se las ha arreglado solo.

–¿De verdad?

–Sí. Creo que hasta ahora no había notado lo agotador que es. Sinceramente, no creo que sea consciente de que su negocio se ha triplicado en los últimos tres años y no entiende por qué ahora ya no puede con todo él solo.

Definitivamente, Alex era el dueño de la empresa, y al parecer lo dirigía con mano dura.

El móvil de Jamie empezó a sonar en su mesa, donde lo dejó. La música de la malvada bruja del oeste empezó a oírse por todo el despacho. Era Christine.

–Venga, contesta –dijo Gina–. Pero solo por esta vez. El señor Reid prohíbe las llamadas personales.

–Lo siento mucho. No volverá a ocurrir –Jamie cogió el móvil y se lo puso en la oreja–. ¿Sí?

–Hey, Jamie, ¿dónde has dejado la carta del catering? –preguntó Christine.

–Nunca me la diste. Me dijiste que Stephen y tú queríais haceros cargo de ello personalmente.

–*Porque no querías que me entrara hambre y me pegara un atracón después de ver aquella comida gourmet.*

–Ah, es verdad. ¿Y los folletos de la luna de miel?

–Estoy en el trabajo. ¿Puedo llamarte después?

–Tardas dos segundos en responder. Eso si dejas de poner pretextos.

Jamie suspiró y miró al techo.

–En la mesa del dormitorio, cajón de la izquierda. Te tengo que dejar.

–¿Has conseguido trabajo? –La voz de Christine subió una octava–. ¿Qué de...

Jamie colgó y rápidamente puso el móvil en silencio.

–Lo siento –le dijo a Gina–. Mi hermana se casa y está como loca.

–Sé lo que es. He pasado por ahí. Dos veces. –Gina sonrió–. Pero en serio, que el señor Reid no te pille cogiendo llamadas personales. Es muy estricto en la observación de las reglas, le gusta que se trabaje con la mayor eficiencia.

Jamie asintió. Lo entendía, lo difícil iba a ser que lo entendiera su hermana, quien no había trabajado en toda su vida.

Gina le mostró varias plantas del edificio. Toda la gente a la que le presentaba era educada pero distante. Todos estaban muy ocupados, así que Gina y Jamie procuraban no molestar.

La última parada fue en el sótano, ocupado por completo por un gimnasio con todo tipo de máquinas, así como dos vestuarios, piscina y sauna. Hasta el momento era lo que más la había asustado, a Jamie no le iban los gimnasios. Se había pasado la vida intentando evitar hacer ejercicio en público. Ahora podía poner la excusa de que estaba demasiado ocupada.

–Bueno, esto es todo –Gina sonrió–. Suelo reunirme con alguna gente en el bar de enfrente para tomar una copa los miércoles. Para pasar el ecuador de la semana. –Gina se echó a reír–. Apúntate si te apetece.

Jamie sonrió.

–Suena bien. –Sacó el móvil del bolsillo para ver la hora. Tenía cinco llamadas perdidas de Christine y dos de Alex. Le dio un vuelco el corazón al pensar que acaba de ganarse un problema–. Tengo que volver al despacho. Alex... el señor Reid me está buscando.

Gina asintió.

–Vamos. Podemos subir por las escaleras, será más rápido.

Jamie se mordió la lengua para no decir que para ella era más rápido el ascensor.

Alex no parecía nada contento cuando Jamie llegó a la planta de arriba sin aliento y con la cara roja.

–¿Por qué no has respondido a mis llamadas?

–Puse el móvil en silencio para que mi hermana no me llamara en horario de trabajo.

–¿Y por qué te iba a llamar si sabe que estás trabajando?

Jamie simplemente le pasó el móvil. Él vio las llamadas perdidas en la pantalla y bisbiseó una palabrota. Sacó la cartera y le dio una tarjeta de crédito.

–Cómprate un móvil para el trabajo cuando acabe el día. Necesito que me acompañes a una reunión para que tomes notas.

–Sí, señor –dijo Jamie, mientras intentaba retirarse con un dedo los mechones de pelo que habían escapado de su moño–. ¿A qué hora es la reunión?

–Ya mismo. –Él frunció el ceño y miró el reloj–. Coge tu tablet.

–¿Tablet? –Se giró y vio una tablet nueva con teclado extraíble en su mesa.

–Son más cómodas para viajar que un portátil. –Alex le pasó una carpeta–. Ten esto a la mano.

Cuando te pida algún papel me lo pasas.

–Sí, señor.

Guardó la carpeta en la funda para tablet de Kate Spade y siguió a Alex hacia la puerta.

Jamie no tuvo otro momento para pensar a lo largo del día. En cuanto terminaba una tarea, Alex le daba seis más. Cuando no estaban en alguna reunión, tecleando algún informe o rellenando papeles, tenía que consultarle a Gina la agenda de Alex. Las citas le llegaban de parte de Alex y también de Gina. Estaba claro que Alex era un hombre muy solicitado. Jamie no entendía cómo él podía con todo. Definitivamente no sabía cómo *ella* iba a poder con todo.

Alex y ella se quedaron cuando todo el mundo ya se había marchado. Él quería revisar los asuntos del día siguiente. También darle ropa para llevar al tinte. Jamie llegó a casa exhausta. Y hambrienta. Aunque Alex se pidió comida y se ofreció a pedirle también a ella, Jamie se negó. Había leído en alguna parte que si comías poco por la noche y más por la mañana perdías peso antes, así que se dijo que era lo mejor.

Sin embargo ahora empezaba a lamentarlo. Moría por algo de comida.

Paró en una tienda de móviles para comprar un iPhone similar al que le había visto a Alex. Usó su tarjeta de crédito y se preguntó si el empleado le iba a pedir que mostrara alguna identificación. Si lo hacía, no tendría energía para discutir. Por suerte no lo hizo. Incluso le ayudó a pasar los contactos de la tablet al móvil. Cuando le preguntó si quería meter también su teléfono personal, ella meneó la cabeza.

¡Ni hablar! No quería que su hermana la llamara cuarenta veces al día. No tenía tiempo.

Condujo de vuelta hasta la gran mansión sin estar muy segura del aspecto que tenía a la luz del día.

Usó la tarjeta para la reja que Alex le dio. Aparcó en el mismo sitio de la noche anterior y se preguntó si Alex y su novia estaban en algún lugar de la casa.

Cuando abrió la puerta del coche vio a Alex pasar por una esquina. Él la vio antes de que pudiera esconderse.

–Buenas noches, señorita Connors –le dijo sonriendo.

–¿Qué haces aquí? –soltó. *Maldita sea, Jamie. ¡No seas maleducada! ¡Es su puta casa!*

Alex parecía divertido, lo que hizo que Jamie se avergonzara más.

–Vivo aquí –dijo. Hizo una mueca–. En realidad soy dueño de la mansión.

Jamie se quedó parada, estaba demasiado avergonzada para responder. Por supuesto que él vivía allí.

Alex continuó al darse cuenta de que ella no sabía qué decir.

–Debes estar cansada, señorita Connors –dijo–. Te acompaño a tu apartamento.

–No, gracias, estoy bien. De verdad, señor Reid –dijo–. No tienes que acompañarme.

–Insisto –dijo él–. Estás exhausta y además, acabas de mudarte ayer. ¿Te gusta el apartamento?

–Está bien. – *¿Bien?* Se golpeó la frente con la mano–. Es fantástico. Lo siento, no he tenido mucho tiempo para abrir las cajas.

Mantuvo la mirada en el suelo, deseando que se tratara de Murray y no de Alex. Se sentía rara y tímida. Esta era la casa de él y ella vivía en la planta principal, con vistas a la piscina. Allí era donde él estaba hasta hace un momento. Jamie se dio cuenta de que él llevaba el pelo mojado y de que su camiseta y su pantalón corto escurrían. Se lamió los labios y lo miró de reojo. Tanto con traje como con ropa casual, el tío estaba bien. Muy, muy bien... *céntrate, Jamie, ¡céntrate!*

Nunca le había gustado ver a sus jefes fuera del trabajo, ni siquiera en un encuentro tan inocente como este. Había leído demasiados libros de la colección cutre de Christine de novela romántica; tanto que había llegado a cogerle gusto.

Alex no parecía darse cuenta de nada.

–¿Cuándo es la boda de tu hermana?

–¿Por?

Alex sonrió.

–Tengo que asegurarme de darte esa semana libre.

–La tercera semana de junio –dijo Jamie–. Creía que...

–¿Qué? ¿Que estaba invitado? Soy amigo de Stephen desde la universidad, pero no estamos tan unidos. –Alex la miró con atención–. Créeme.

Jamie tragó y asintió. No estaba segura de qué significaba aquella expresión de Alex. Salvo que estaba enfadado con Stephen por algo. No estaba segura por qué, pero le gustaba que fuera así. *Para. Sea lo que sea que estés pensando: para.* Definitivamente estaba demasiado cansada para estar con gente en aquel momento. Sus pensamientos divagaban.

–Tengo gimnasio en casa.

–¿Perdón?

–Gina me mencionó que te enseñó el gimnasio de la oficina. –Alex se pasó la lengua por el labio inferior–. Si te apetece usar el gimnasio pero no estás cómoda en aquel, tengo uno en casa. Puedes usarlo cuando quieras.

–Oh.

Genial, ¿ahora iba a presionarla para que bajara de peso?

–No lo digo con segundas. Estás bien. –Se sonrojó–. Solo quería ofrecerte la tranquilidad que hay aquí, por si te apetece... antes de la boda y eso. Es el cuarto que hay junto a tu apartamento. El código para entrar es uno, cuatro, nueve, seis. Arriba a la izquierda, abajo, arriba a la derecha.

Jamie quería que se la tragara la tierra. Asintió sin decir nada, aterrada por si se echaba a llorar.

Afortunadamente se detuvo frente a la puerta de su apartamento.

–Bueno, esta es mi casa –dijo sin gracia. *Por supuesto que sabe que es tu casa.* Respiró hondo y soltó el aire, esperando que lograra no volver a quedar en evidencia. No en frente de él–. Buenas noches, señor Reid.

Él le sonrió.

–Buenas noches, señorita Connors.

Aquella sonrisa hizo que a Jamie se le encogiera el estómago. Antes de humillarse del todo, abrió la puerta y la cerró rápidamente en la cara de Alex.

Sí, claro, eso no ha sido para nada humillante.

Capítulo 7

A la mañana siguiente, tras una noche agitada, Jamie se levantó temprano y rebuscó en una de las cajas hasta encontrar ropa de deporte.

–No lo hago ni por Christine, ni por mi madre, tampoco por Alex Reid –se dijo–. Lo hago solo porque quiero ver cómo es el gimnasio. Solo voy a echar un vistazo y a caminar veinte minutos en la cinta de correr.

Bostezó, sintiéndose como un zombie que aún no había empezado a descomponerse. *No he dormido suficiente.* ¿La falta de sueño impedía adelgazar? Definitivamente no era algo sano. ¿No debería perder peso de forma sana?

–No importa, ahora no. El ejercicio me despertará.

Dejó preparada una falda y una blusa sobre la cama y buscó en el cesto de la ropa sucia (ahora lleno de zapatos) hasta encontrar sus zapatillas de deporte. Salió por la puerta, preguntándose si debía cerrar con llave y mirando hacia la zona de la piscina. A las cuatro el sol aún no había salido, estaba durmiendo.

El aire fresco de la mañana no ayudó a despertarla. Jaimie revisó sus mensajes en el corto camino hasta la puerta del gimnasio. Tenía cinco llamadas más de Christine y tres de su madre. Incluso había una llamada de

Stephen y un mensaje de texto de su padre. Llevaba solo un día de trabajo y ya parecía que el mundo se había venido abajo. Abrió el mensaje de su padre frente a la puerta del gimnasio.

Jamie, cariño, creo que deberías venir a casa. Tu madre y tu hermana están como locas. Quizás tu trabajo debiera esperar hasta después de la boda.

Jamie parpadeó para contener las lágrimas. Él había sido el único que se había alegrado por ella, aunque solo fuera por unos segundos, y ahora le decía que lo dejara, como todos los demás. *Solo te lo dice porque no puede aguantar a mamá cuando se pone histérica.* A Jaimie le dolía de todas formas.

Le respondió de forma breve. **Estoy genial. Todo va bien, llamaré a mamá y a Christine más tarde.**

Guardó el móvil en la bolsa del gimnasio y sacó una botella de agua y una toalla. Se dijo que debía recordar pasar por el supermercado antes o después del trabajo.

Afortunadamente el gimnasio no estaba cerrado con llave. Jamie entró y las luces se encendieron automáticamente. Era casi tan grande como el gimnasio de la oficina, con más espejos que un estudio de ballet. Si estaba medio dormida, ahora se había despertado del todo.

Miró a su alrededor y dejó caer la bolsa al suelo. Debería hacer algo. La mitad de lo que había allí parecía máquinas pensadas para traumatizar o matar a la gente. Montó en la cinta de correr. Era segura, no mataba. Se había cansado con solo montar. Afortunadamente estaba sola.

Jamie encendió la cinta mientras pensaba que tenía que devolverle la llamada a su hermana y preguntándose qué quería. Seguramente a estas alturas su madre y Christine se habían reunido para hablar sobre la pésima hermana que era Jamie. Era como si pudiera imaginar las palabras: desilusión, no se puede confiar en ella, egoísta, etc. Stephen se habría unido a ellas para deformar las cosas y aparecer como el generoso cuñado que se vio obligado a encontrarle un trabajo.

Mientras imaginaba la conversación pulsó el botón de arranque de la cinta y ajustó la velocidad. Se frotó los ojos, bostezó y empezó a caminar. Pero no estaba preparada para la velocidad de la máquina y en cuanto movió el pie izquierdo, se le fue hacia atrás. Intentó correr con el derecho para sujetarse a las barras.

No. Tuvo. Suerte.

El peso de su cuerpo cambió de un lado a otro pero no pudo ajustarse al movimiento de la cinta. Su cabeza dio un latigazo hacia atrás mientras su cuerpo salía disparado hacia la parte posterior del gimnasio. Brazos y piernas que volaban por todas partes, hasta que la espalda chocó contra algo duro.

La pared.

Justo a los pies de Alex Reid.

Joder.

–Buenos días, señorita Connors –dijo Alex, frunciendo el ceño–. ¿Estás bien?

Jamie se levantó como pudo, ignorando la mano que él le ofrecía para ayudarla.

–Buenos días, señor Reid –dijo, con la cara roja por la vergüenza y el esfuerzo–. No esperaba verte aquí – *A las cuatro y media de la mañana.*

–He oído que el ejercicio reduce el estrés. A veces necesito toda la ayuda posible.

–Ah. Por supuesto –Jamie se obligó a mirarlo a la cara, en vez de a su camiseta gris, que destacaba sus músculos y lo hacía parecer un dios griego y un humano normal, todo en uno–. Yo ya había terminado.

Que disfrutes el ejercicio –dijo, asintiendo y caminando con tanta dignidad como le fue posible después de lo que acababa de ocurrir. Cogió la bolsa y salió del gimnasio. No se molestó en apagar la cinta de correr.

Quizás la próxima vez lo intentara después de trabajar y solo hiciera lo

básico. Las cintas de correr eran máquinas letales, su peligro estaba en que se había dejado engañar por su apariencia de uso sencillo.

–Te llaman por la línea dos, Jamie –dijo Gina al pasar frente a la puerta de su despacho.

Jamie cogió el teléfono sin levantar la vista del comunicado de prensa que estaba redactando.

–Reid Enterprises, dígame.

–¡Jamie! –La voz chillona de Christine perforó el auricular–. ¡Te necesito ahora mismo! ¡Tienes que venir en este instante!

–No puedo, Christine –respondió Jamie–. Ya te lo dije, no puedes llamarme al trabajo.

Christine sollozó en el teléfono.

–Necesito ayuda –gritó–. Acaba de llegar el vestido de novia y me veo como una prostituta.

–Estoy segura de que te queda bien. Háblalo con la modista. –Jamie se metió un bolígrafo en la boca mientras pensaba lo que había que tachar en la nota de prensa–. Seguro que estás preciosa. Te llamo cuando salga de trabajar.

–Pero...

Jamie colgó, se cubrió la cara con las manos y suspiró. No estaba segura de que perder nueve kilos para ser dama de honor valiera la pena. *Me muero por un trozo de tarta, ahora mismo.*

–¿Todo bien, señorita Connors? –Alex se detuvo junto a su mesa.

Jamie dio un saltito. No lo había oído salir de su despacho.

–Sí –apretó los labios, formando una línea recta–. Me temo que mi hermana ha encontrado el número de la empresa. ¿Existe alguna forma de bloquear llamadas no deseadas o algo así? Me temo que si no va a probar con todas las

líneas de la centralita.

Afortunadamente él no dijo nada respecto a la forma en la que habían chocado en el gimnasio por la mañana. La espalda de Jaimie no lo olvidaba.

Alex la miró pensativo.

–Seguro que algo se puede hacer. –Miró su móvil y este sonó al mismo tiempo que el móvil de trabajo de Jamie–. ¿No hay otra persona que la ayude con la boda?

–Creo que no –dijo Jamie meneando la cabeza–. Es culpa mía, le dije que iba a ser su dama de honor.

–Casi todas las damas de honor a las que he conocido tienen trabajo y vida propia –dijo él con

sequedad.

Jaimie se encogió de hombros.

–Lo siento. –Si perdía el trabajo por culpa de Christine, lo que iba a necesitar era quien cargara su ataúd, no una dama de honor–. Hablaré con ella. Intentaré que no me llame tanto.

–No estoy seguro de que puedas hacerla entrar en razón –Alex se echó a reír–. Si se parece a tu madre.

Jaimie levantó la cabeza para mirar a Alex.

–¿Conoces a mi madre?

–Me ha llamado tres veces hoy para decirme que te despida –La cara de Alex no dejaba ver nada.

–Mierda –murmuró Jaimie.

Iba a tener que matar a su familia, definitivamente. Varias veces. Luego iría a la cárcel por asesinato.

Fuera como fuese perdería su trabajo.

–Señor Reid, lo entenderé si... Si tienes que despedirme. –Suspiró–. Mi familia provoca un montón de molestias y, si no me equivoco, la función de las asistentes personales es eliminar molestias.

–Así es –dijo Alex–. Una asistente personal debería eliminar molestias. – Hizo una pausa y se inclinó hacia adelante–. Eso es exactamente lo que tú haces.

Jamie se quedó en shock. Él la consideraba de valor, ¿a pesar de que su madre le hubiera suplicado que la despidiera? ¿A pesar del embarazoso número del gimnasio que la declaraba señorita incompetencia? ¿De... De verdad?

–Sí –dijo él sonriendo–. El día de ayer mi trabajo fue más sencillo que en mucho tiempo. Y está claro que eres una buena asistente personal si tu hermana insiste tanto para que seas su *wedding planner*.

Créeme, no tengo ninguna intención de despedirte.

Jamie sonrió, aunque no estaba muy segura de cómo responder al cumplido.

–Gracias, señor Reid. Me alegro de ser de utilidad.

–Eres de mucha utilidad –dijo él–. Y espero que sigas siéndolo.

Jamie se sonrojó y deseó haberse puesto un kilo de maquillaje para que no se le notara.

–Gracias, señor Reid –dijo otra vez, deseando poder decir algo más inteligente. Miró a Alex sin saber si eso era todo lo que él quería, pero no se atrevió a preguntar.

Alex parpadeó como para salir del trance.

–Eh, uh, ¿el tinte? ¿Puedes ir a recoger mis cosas?

Jamie se levantó y caminó hasta el armario de abrigos que había en una

esquina. Abrió la puerta y sacó dos trajes limpios.

–Los recogí cuando salí a comer. No estaba segura de cuándo los ibas a necesitar, así que decidí que cuanto antes mejor.

–¡Gracias! –Alex sonreía de oreja a oreja cuando cogió los trajes–. Recuerda que necesito el comunicado de prensa en quince minutos, y por favor mándales un mensaje a los de informática para que nos cuenten cómo va lo del virus.

–En seguida, señor –dijo Jamie.

Volvió a su mesa y sonrió mientras Alex volvía a su despacho. Quizás no estuviera haciéndolo tan mal después de todo.

Capítulo 8

–Oye, ya te lo he dicho –le dijo Jamie a su hermana–. Te ayudaré los fines de semana y siempre que pueda después del trabajo. –Jamie suspiró–. ¿Es que no ves lo importante que es este trabajo para mí?

–¿Y tú no ves lo importante que es esta boda para *mí*? –se quejó Christine–. Más ajustado –le ladró a la modista–. No quiero que me confundan con mi hermana porque el corpiño sea demasiado grande.

Jamie puso los ojos en blanco y se echó hacia atrás en la butaca azul marino que había para los invitados que acompañaban a la novia a las pruebas del vestido.

–Creía que te preocupaba no parecer una prostituta –murmuró.

–No es lo mismo parecer una prostituta o que tengo obesidad mórbida –dijo Christine–. Por cierto,

¿cómo va tu dieta? Parece que te la has saltado unas cuantas veces.

Jamie estaba más que cansada de los comentarios de Christine.

–Yo no tengo obesidad mórbida. Si pierdo nueve kilos voy a ponerme como

en la talla treinta y seis, treinta y ocho como máximo. Un tamaño que no tiene absolutamente nada de malo. –Miró el reflejo de su hermana por el espejo–. En realidad he perdido dos kilos y medio. Aunque claro, tú no te das cuenta porque estás totalmente absorbida por tu pequeño mundo.

Christine abrió la boca sin decir nada.

Jamie respiró hondo para tranquilizarse.

–Lo siento –dijo–. Es solo que estoy estresada por el trabajo. – *Y por ayudarte con la boda.*

–Eso ha sido muy cruel –se quejó Christine–. Yo podría haberte dicho que empezar a trabajar en un momento tan importante de mi vida era algo increíblemente estúpido. Faltan unos seis meses para organizarlo todo y no te va a dar tiempo ni de broma para que... ¡Au! –Miró a la modista–. Me has clavado ese alfiler a posta.

–No, señorita –dijo la modista con aires sumisos–. Usted se ha movido.

Christine bufó y la modista le mostró una sonrisa apresurada antes de seguir con su trabajo. Jamie miró a la modista, le sorprendía que no hubiese pinchado antes a Christine “accidentalmente” con lo pesada que era.

–¿Cómo van las invitaciones? –preguntó Christine.

–Mandé las últimas ayer en mi hora de comida –dijo Jamie–. También te mandé por email los planes finales para la luna de miel, incluyendo los precios de los billetes de avión, el resort, e incluso un coche de alquiler que os he reservado. Lo creas o no, no soy del todo inútil, a pesar de tener trabajo.

¿No había dicho Stephen que él se haría cargo de la luna de miel? Era curioso cómo le había soltado el muerto.

–Serías muchísimo más útil si tuvieras más tiempo –soltó Christine–. Que vivieras con papá y mamá también ayudaba. Era más cómodo. Pero no, tuviste que ser egoísta y marcharte a tu propio piso.

–El apartamento venía con el trabajo.

Christine ni siquiera se había molestado en visitarla o en preguntar dónde vivía. Podían ser vecinas y no se habría enterado. Stephen, por el contrario, habría ido a visitarla en seguida si supiera que vivía en una suite conectada a la enorme casa de Alex.

Jamie sonrió. Christine ya podía insultarla, tanto a ella como a su trabajo, todo lo que quisiera. Nunca iba a lamentar trabajar para Alex Reid. Había pasado más de una semana desde que él le había dicho que hacía muy bien su trabajo, pero aún le resonaba en los oídos como si se lo hubiese dicho unos cuantos

minutos atrás. ¿De verdad era tan patética, tenía tanta necesidad de gustar, que un par de frases de apreciación la dejaban flotando durante tanto tiempo? Daba igual. Aunque aún no hubiese tenido tiempo de sacar todo de las cajas y aunque no pudiera dormir más de seis horas cada noche, le encantaba estar trabajando otra vez. Su móvil sonó en aquel momento. Era la alarma que indicaba que faltaban cinco minutos para que acabara su hora de comida. Se levantó.

—Tengo que volver al trabajo.

—¿Lo dices en serio? ¿Tu hermana no es más importante que un estúpido trabajo?

—Claro —dijo Jamie mientras guardaba el móvil en el bolsillo y cogía el bolso—. Por eso me voy a trabajar antes de que te mate.

Le lanzó un beso a su hermana mientras esta le gritaba lo desilusionada que estaba con ella.

Jamie había calculado el tiempo de regreso un poco mal. Tuvo que correr desde la tienda de vestidos de novia hasta la oficina. Subió por las escaleras para no tener que esperar al ascensor y se detuvo frente a su despacho sin aliento. Se mareó y se apoyó en la pared para sujetarse. Parpadeó rápido, intentando aclarar la nube que le cubría la vista. Cuando intentaba coger el pomo de la puerta falló y se tambaleó, luego todo se volvió negro.

–¿Señorita Connors? ¡Jamie!

Jamie cogió aire y se incorporó, pero lamentó de inmediato haber hecho un movimiento tan brusco.

Gimió y volvió a tumbarse en el sofá. *Qué raro*. Ella no tenía sofá en su despacho. Solo Alex tenía sofá.

–¿Jamie? –Ahora la voz de Alex sonaba con total claridad. Tenía que estar muy preocupado para llamarla por su nombre de pila. *Toma-toma-toma*–.
¿Estás bien?

Jamie giró la cabeza y abrió los ojos despacio. Alex estaba sentado frente a ella con un vaso de agua.

–¿Señor Reid?

–Te has desmayado. Toma –Le pasó el vaso–. ¿Qué ha pasado?

–No estoy segura. –Se sentó despacio, agradecida por el agua–. Ayudé a mi hermana con la prueba del vestido y luego vine corriendo. Debo haber subido las escaleras demasiado rápido.

Alex inclinó la cabeza ligeramente.

–¿Cuándo comiste por última vez?

–Eh –Jamie repasó todo lo que había comido–. ¿Comida?

Él arqueó las cejas.

–Ayer.

Él soltó una palabrota.

–Puede que también te hayas deshidratado. –Movié el vaso en la mano–.
Bebe un poco más.

–No he tenido tiempo –Ella sabía que era una explicación pésima. Odiaba las

excusas quizás más de lo que las odiaba Alex Reid. Bebió otro trago de agua—. Mi hermana...

—¡Tu hermana puede cuidarse sola por una maldita vez! —Se pasó los dedos por el pelo perfectamente peinado—. Llevas aquí una semana y hasta yo me he dado cuenta de lo mucho que pone sobre tus espaldas.

¡Es ridículo! ¡No eres un felpudo! —Suspiró y bajó la voz—. Siento haber estallado. Pero no puedes ocuparte tanto de ella y olvidarte de ti. ¿Tienes idea... —Cerró los ojos y sacudió la cabeza. Los abrió despacio, los brillantes mares azules estaban tranquilos otra vez. Al menos lo parecía. Jamie se dio cuenta de que había algo más que pesaba en sus pensamientos—. No puedo permitirme que no estés al pleno de tus capacidades. —Se levantó—. A partir de ahora tienes que comer algo, da igual qué, cada media hora. ¡Y mantente hidratada!

—¡Cada treinta minutos! Eso es ridículo —Jamie movió las piernas sobre el sofá—. Me voy a poner como un globo.

—Pero no te desmayarás.

—Esto ha ocurrido porque no calculé bien el tiempo y tuve que subir las escaleras corriendo. No tiene nada que ver con mis hábitos alimenticios.

—¡Tiene todo que ver! —gritó Alex—. Tiene todo que ver con matarte por darle gusto a todo el mundo,

¡incluyéndome a mí! No quiero que nadie se desmaye por mi culpa.

Jamie se sonrojó.

—No me he desmayado por ti. —Le latía muy fuerte el corazón, ¿era tan obvio?

—Subiste corriendo las escaleras para no llegar tarde, aunque obviamente estabas cansada o no te sentías bien. Así que sí, en parte soy culpable de tu desmayo, aunque sea de forma indirecta.

Jamie se levantó despacio, se sentía un poco más espabilada.

–Lo siento, señor. –Dejó el vaso en la mesita que había junto al sofá–. Pero no puedo comer cada treinta minutos. Me mantendré hidratada y haré un esfuerzo para no saltarme comidas, pero no puedo permitirme ganar más peso.

–¿Por qué no? –preguntó Alex–. ¿Por qué es tan importante para ti?

Jamie lo miró con fijeza, esperando ver en él desdén o burla, pero tan solo veía curiosidad auténtica.

Por eso le dijo la verdad.

–No seré la dama de honor de mi hermana si no adelgazo.

–¿Me tomas el pelo?

Jamie sacudió la cabeza.

–Christine me lo ha dicho muy clarito. Ha comprado un vestido talla treinta y seis para la dama de honor. Me lo pondré yo si quepo y si no será su mejor amiga, que ya usa una treinta y seis.

–¡No me lo puedo creer! –Alex meneó la cabeza y alzó las manos al aire–. Tu hermana es una arpía.

Jamie lo miró sorprendida.

–¿Cómo?

–Lo siento, pero es que es ridículo.

Ella sonrió, agradecía que otra persona pensara como ella.

–Lo sé, pero es mi familia.

–Bueno, pues tienes que comer. –Cogió el móvil y mandó un mensaje–. No debería haber hecho que te quedaras hasta tan tarde todos estos días. Se me olvida que no llevas mucho tiempo con nosotros y que te has adaptado tan fácilmente. Te contraté para tener una asistente personal las veinticuatro

horas, algo que tú haces sin rechistar. Pero podemos trabajar desde casa, fue justo por eso por lo que preparé la suite.

MacBane va a empezar a cocinar también para ti.

–Señor...

–No discutas. Es mi chef y es muy bueno. Haré que a partir de ahora te prepare la comida y la cena.

Jaimie se sentía como si estuvieran mimándola y echándole la bronca al mismo tiempo.

–He probado la tarta de carne y champiñones de Murray. Es como un trozo de Paraíso cubierto de nubes. –Se lamió los labios y su estómago empezó a gruñir para mostrar que estaba de acuerdo.

–¿Quién es Murray?

–Murray MacBane. Tu chef.

–Ah, no sabía que se llamaba Murray. Interesante.

–¿Qué cosa?

Alex levantó la vista mientras volvía a colocarse el móvil en el clip del cinturón.

–Su empresa se llama Mm. Siempre pensé que era porque cocina muy bien, ya sabes: Mmmm.

Ella se echó a reír.

–¿De verdad? –Dejó de reír cuando él la miró fijamente—. La comida de Murray... De MacBane es deliciosa, pero no me va a ayudar a adelgazar.

–Ya le he dicho que quieres ensaladas y cosas ligeras para cenar. Él se encargará de todo.

–Ah –¿Qué se suponía que debía decir?– Vale. Eh, gracias.

–De nada. Tómalo con calma el resto del día. Si te sientes mal dímelo y haré que mi chofer te lleve a casa.

–Estaré bien. Gracias otra vez. –Empezó a caminar hacia su despacho.

Alex se aclaró la garganta.

–¿Sí? –Jaimie hizo una pausa en mitad del despacho.

–No olvides mantenerte hidratada. –Él dio la vuelta al sofá para recoger el vaso y dárselo.

–Sí, señor. –Jamie lo miró, segura de que acabaría despidiéndola por pesada. Desde luego no le facilitaba la vida si iba a ir desmayándose por los rincones. Hizo una pausa junto a la puerta que separaba los despachos–. Gracias, señor. Prometo que esto no volverá a pasar.

Cuando se giró para marcharse, Alex la llamó:

–Jamie.

Ella se giró para mirarlo.

–¿Sí, señor Reid?

–Que comas un snack cada treinta minutos no es negociable. Si tu hermana se niega a que seas su dama de honor por algo tan trivial como la talla de un vestido es que no te merece –dijo.

Jamie apretó los dientes y asintió.

–Sí, señor –dijo y se marchó. Estaba claro que él no comprendía lo importante que era la talla de un vestido. No era en absoluto trivial.

Capítulo 9

Pasados treinta minutos sonó la alarma y Jamie dejó de teclear para apagarla

y coger un trozo de apio del florero Mason que tenía en la mesa. Dio un mordisco mientras volvía a poner la alarma y empezaba a trabajar otra vez. Nunca le había gustado el apio, pero en realidad se trataba de agua con forma de planta y al parecer te hacía quemar más calorías de las que contenía. Podía cumplir con el tonto requisito de Alex de comer cada media hora y le daba a Jamie una cierta esperanza de caber en el vestido de dama de honor.

–¿Dónde está Alex? –La voz de Annette perforó los pensamientos de Jamie, que apartó la vista de la pantalla del ordenador e hizo un esfuerzo para no poner cara de querer matar a alguien.

Jamie guardó el documento en el que estaba trabajando.

–Está en su despacho.

–¡Bien! –Annette pasó como un torbellino por el despacho de Jamie y se detuvo antes de abrir la puerta de Alex–. ¿Podrías ir corriendo a traerme un café? Tres de crema y dos de azúcar. Y asegúrate de que sea del Starbucks y no de cualquier otro lugar.

Jamie parpadeó sorprendida. Soltó lo que le quedaba de apio.

–Vale –dijo despacio.

Annette mostró su disgusto arrugando la nariz.

–Lávate las manos antes de ir a por él. No quiero que el vaso de café huela a apio.

La puerta del despacho se abrió y apareció Alex, que chocó contra Annette y la hizo caer al suelo.

–¡Annette! Lo siento, ¡no te he visto! –Se agachó para ayudarla.

Ella se frotó el tobillo, por encima de sus tacones de diez centímetros.

–No voy a poder caminar.

Alex la envolvió entre sus brazos y la levantó para llevarla a su despacho.

Annette entrelazó los brazos de forma dramática alrededor de su cuello y le apoyó la cabeza en el hombro.

–Alex, me alegro tanto de que estés aquí –lloriqueó–. Hace siglos que no hablamos y quería verte.

–Tenemos que asegurarnos de que tu tobillo esté bien. Tengo hielo en el despacho –Alex volvió hacia la puerta–. Tengo muchísimo trabajo.

–Yo hago lo que puedo, aún a riesgo de lesionarme –Annette se señaló el tobillo y se giró hacia Jamie con una sonrisa–. *Muchísimas* gracias por ir a por mi café.

–¿Le vas a traer un café? –preguntó Alex.

–Ha tenido la amabilidad de ofrecerse –dijo Annette.

Claro que sí, zorra, como si no viera por dónde vas. Jamie sonrió con educación.

Alex la miró un buen rato.

–Ya veo –dijo al fin–. La verdad es que es perfecto, Jamie. Puedes aprovechar para recogerme unas cosas. Espera un segundo.

Llevó a Annette a su despacho y la dejó en el sofá antes de ir a su mesa para coger un bolígrafo y una libreta. Escribió rápido y añadió a la nota un billete de cien dólares. –Gracias –le dijo y cerró la puerta.

Jamie asintió y se quedó mirando la puerta de madera. ¿Cómo era posible que él no se diera cuenta de los teatritos de Annette? Jamie suspiró y caminó hasta su mesa para apagar la alarma de los snacks. Al

salir revisó la nota, esperando que lo que tuviese que recoger para el señor Reid estuviera cerca de un Starbucks.

Jamie,

Cómprate un café para ti también y quédate con el cambio.

Por cierto, eres mi asistente, no la de Annette.

Alex

Jamie sonrió y se apresuró a arrugar la nota. Alex había estado especialmente atento desde que ella se había desmayado; también había dejado de tratarla con tanta formalidad. Quizás le gustara salvar a las damiselas en apuros. Y Annette ahora era una.

Jamie suspiró. Era pena. Le daba pena al señor Reid por ser tan insegura. Si pudiera cambiar lo haría. Pero ella era así. No quería dar pena. Aunque el dinero extra le venía bien para el regalo de boda de su hermana, no lo iba a coger.

Caminó hasta el Starbucks más cercano, que estaba una manzana más lejos que una cafetería en la que hacían un café delicioso. Pidió dos cafés y alguien le dio un toque en el hombro. Al girarse vio a Gina.

Gina sonrió.

–Hey, ¿tú también vienes a por café?

No se habían visto mucho los últimos días, con Jamie siguiendo a Alex a las reuniones y pasando más tiempo en el despacho de él que en el de ella.

Jamie sacudió la cabeza.

–Ha venido Annette y me ha pedido café.

Gina puso los ojos en blanco.

–Lo negaré si se lo cuentas a alguien, pero odio a esa zorra.

Jamie pidió el café especial y un descafeinado para ella. –Le sonrió a Gina–. Me ha dicho que me lave las manos para que el vaso no le huela a apio. Ha entrado al despacho del señor Reid por el mío.

–¿Y por qué ha hecho eso? Puede entrar directamente al de él desde recepción.

–A lo mejor no había nadie en recepción –sugirió Jamie.

Gina meneó la cabeza.

–Siempre hay alguien. Si no estoy yo, se queda Sarah. Nunca dejamos vacía esa mesa. Lo hizo solo para molestarte.

–El señor Reid la tiró sin querer al entrar por la puerta que comunica nuestros despachos. Luego tuvo que cogerla en brazos para revisarle el tobillo.

–Es ridículo cómo llama la atención. Alex debería dejarla, ya ni siquiera le gusta.

Jamie arqueó las cejas. No era asunto suyo si la relación de Alex iba bien o no, pero le interesaba de todas formas. *Solo porque odio a Annette. No por ningún otro motivo.*

–¿Cómo empezaron a salir? Son totalmente opuestos. –Genial, ya estaba cotilleando y eso era algo que odiaba.

Gina la miró extrañada.

–En realidad creo que se parecen bastante –dijo–. Empezaron a salir hará cosa de un año, pero los dos están tan metidos en su trabajo que no han tenido tiempo de tomárselo en serio. Estoy segura de que se utilizan solo para follar y para salir a algún sitio cuando se sienten solos; o si tienen que ir a algún sitio por trabajo. Nada más. No es que eso tenga nada de malo, pero creo que Annette quiere más. Alex está tan centrado en su trabajo que no se da ni cuenta de cuánto le molesta verla.

A Jamie le parecía bastante obvio, pero no iba a decirlo en voz alta. No la habían contratado para hablar del jefe y sabía que eso a Alex no le gustaría. Sus cafés estaban listos y cogió los dos vasos.

Gina la siguió, mirando a su alrededor como si hubiera empleados espiándolas por todas partes.

–No te lo tomes a mal, pero, ¿tenéis algo Alex y tú?

–¿Qué? –Jamie sintió que se le calentaban las mejillas–. ¡Por supuesto que no!

–Bien –dijo Gina–. Solo quería estar segura. Corren rumores en la oficina.

–¿Y por qué iba alguien a pensar una cosa así?

Jamie era absolutamente profesional, salvo cuando mencionaba a su hermana y cuando se desmayó.

Pero no era motivo suficiente para que la gente sacara esas conclusiones. Además, ella no era del tipo de él.

–Bueno, os quedáis hasta tarde cada noche, os vais al mismo tiempo y él te llama por tu nombre de pila.

–Estoy segura de que usa el nombre de pila con mucha gente. –Se alegraba de que Gina no supiera que vivía en la propiedad de Alex.

Gina meneó la cabeza.

–No, con ninguno de sus empleados. El señor Reid siempre es muy formal. Con todo el mundo, menos contigo. ¿Por qué sois siempre los últimos en marcharos de la oficina?

–¡Por trabajo! Al... el señor Reid trabaja siempre todo lo que puede. –Sacudió la cabeza, le molestaba tener que defenderse ante Gina–. Soy su asistente personal. Trabajamos juntos para ser tan eficientes que se puede. ¿Por qué es tan difícil de creer? –*Joder, si me escogió porque soy la última persona con la que follaría*–. Lo que ocurra en la vida personal del señor Reid no debe importarnos ni a ti ni a mí. –Se giró para marcharse.

Gina se encogió de hombros.

–Hasta donde yo sé, el señor Reid no tiene un tipo concreto. Lo he visto salir con chicas de lo más diverso, ninguna se parecía a Annette. Solo te digo eso.

Sí, claro, pero estoy segura de que todas eran talla treinta y cuatro, modelos y ricas.

–Solo somos un jefe y su empleada. Soy su asistente personal, nada más.

–¿Segura? –Gina empezaba a presionarla cuando la llamaron para sus cafés.

–Ni ahora ni nunca.

Jamie salió de la cafetería y volvió a la oficina enfadada y confundida. Estaba segura de que se podía rumorear de todo respecto a ella, menos *eso*. Era totalmente absurdo que Alex y ella se acostaran cuando él tenía a Annette a su disposición. Le costaba creer que Gina pensara algo así. Creía que eran amigas.

¿Qué le había dicho una vez su padre? Ten a tus amigos cerca, pero más a tus enemigos. Muy acertado para este caso.

–¡Espera! –gritó Gina, corriendo por la calle con el café en la mano. Dejó de correr para coger aire en cuanto llegó a la altura de Jamie.

Jamie siguió caminando, ignorándola.

–Lo siento –dijo Gina–. No quería que sonara como una acusación. Si me dices que no es verdad te creo.

–Mira –dijo Jamie mientras seguía con su paso acelerado; era un pequeño placer que Gina tuviese que apresurarse para seguirla–. Me contrataron para trabajar con el señor Reid porque soy profesional y porque me dejó el alma trabajando. No me gustan los cotilleos de oficina y no voy a entrar al trapo.

–Lo siento –dijo Gina sin aliento, intentando coger pequeñas bocanadas de aire–. ¿Puedes ir un poco más despacio? No es una carrera.

Jamie se esforzó por moverse a un ritmo más normal.

–Me alegro de que seas profesional. Pareces muy dulce, Jamie. Demasiado.

–¿Qué quieres decir? –Se alegraba de que la oficina estuviera a cien metros.

–El señor Reid es un rompecorazones –dijo Gina–. No es romántico. Nunca se va a apartar lo suficiente del trabajo para preocuparse por nadie.

Jamie asintió. Aunque quería creer que él no era así, sabía que era verdad. *Tienes que dejar de estar colada por ese tío, escucha a Gina. Se ha dado cuenta de cómo lo miras. Por eso hay rumores.* Qué pena, estaba demasiado bueno como para que se desperdiciara entregándolo todo al trabajo. Desde luego no se lo iba a decir a Gina.

—El señor Reid adora su empresa. Trabaja muy duro para que sea un éxito y que así personas como tú y como yo tengamos una nómina todos los meses. Te contrataron para que trabajes, no para que cotillees.

Jamie empujó las puertas y fue directa a las escaleras, dejando a Gina con la boca abierta afuera del edificio.

¿Y ahora quién dejaba atrás a quién?

Capítulo 10

Annette salió del despacho de Alex por la puerta que daba a la recepción en el momento en el que Jamie salía de las escaleras y Gina del ascensor. Annette caminaba por la recepción con el tobillo en perfectas condiciones. Jamie se quedó sorprendida, no sabía qué hacer, así que se limitó a verla pasar. Annette cogió su café sin mirar a Jamie ni darle las gracias.

Subió al ascensor justo antes de que se cerraran las puertas. Jamie y Gina permanecieron en un silencio extraño.

—Te lo dije —susurró Gina.

—No es asunto nuestro.

Jamie se fue a su despacho. Sacó el cambio del café y lo puso en la mesa. No iba a molestar a Alex ahora con eso.

Cuando se iba a sentar, apareció Alex.

—Me voy temprano a casa —le dijo—. Entrégame el informe mañana. También las notas de la reunión que tuvimos con los accionistas esta mañana.

—Sí, señor Reid. —Cogió el cambio del café de encima de la mesa—. Su

cambio. De lo que me mandó.

Él arqueó una ceja.

–Te dije que te lo quedaras.

Ella lo miró intentando parecer tranquila.

–No lo quiero, señor Reid. Es su dinero.

Él bufó, claramente molesto.

–¿Qué pasa, Jamie? –La miraba con tanta tranquilidad como ella lo miraba a él.

–Nada. –Volvió a ofrecerle el dinero.

–Si tienes que decirme algo dímelo. –Su voz sonaba dura, como la que usaba en las reuniones con los altos ejecutivos.

–Vale –dijo ella con los dientes apretados–. Le agradecería que me llamara siempre señorita Connors.

Él la miró con fijeza.

–¿Y eso por qué, *Jamie*?

–No me siento cómoda con el tuteo ni con que me llame por mi nombre de pila. Siento como si me diera un trato especial y no me gusta. No quiero ser el centro de los cotilleos de oficina. –Lo miraba a los ojos, negándose a bajar la mirada.

–¡Es que eres especial! –gritó él. Cerró los ojos y suspiró. Era como si estuviera contando hasta diez.

Jamie estaba segura de que acababa de quedarse sin trabajo–. Lo que quiero decir –dijo despacio– es que eres mi asistente personal. Trabajo más de cerca contigo que con nadie. Es normal que te trate diferente. Tú puedes tutearme y llamarme Alex cuando no estemos en una reunión o con otras personas.

Jamie estuvo a punto de burlarse en voz alta pero se contuvo a tiempo.

–Preferiría que no me tuteara –dijo, volviendo al trabajo–. Que pase buena tarde, señor Reid.

–Gracias, señorita Connors. Igualmente. –Le ofreció una mirada helada y salió hecho una furia de la oficina.

Jamie se puso a trabajar. *No es por ti. Acaba de romper con su novia. Ha estado trabajando hasta tarde y luego ha ido al gimnasio temprano.* Jamie lo sabía porque había intentado ir un par de veces en

la semana y siempre olía como si él acabara de estar allí, como si pudiera oler su colonia.

Suspiró. Se sentía fatal de todas formas, increíblemente humillada. Podía imaginar lo que dirían Gina y los demás. *El señor Reid ha roto con Annette por culpa de Jamie... perdón, de la señorita Connors.*

Parece que ahora ese affair también se ha terminado. Otro corazón que rompe el maravilloso señor Reid. Pobre señorita Connors, no tenía ninguna posibilidad. Debería haberlo sabido con su físico. –

Mierda, mierda y más mierda –balbuceó.

–Me alegra saber que te pones tan contenta al verme.

Jamie se puso rígida y levantó la mirada, encontrándose con Stephen, que la miraba desde la recepción.

–El señor Reid no está –dijo ella–. ¿No te lo ha dicho Gina, la del mostrador de recepción?

Él meneó la cabeza.

Jamie suspiró y cogió su tablet, en la que ya tenía sincronizada la agenda de Alex.

–¿Quieres que te haga una cita o dejarle algún mensaje?

–He visto al señor Reid en el ascensor –dijo Stephen–. No he venido a ver a Alex.

Jamie no tenía ganas de ver a su ex y futuro cuñado.

–¿Qué quieres, Stephen?

–¿Así es como tratas a tu futuro cuñado? –Estaba claro que se burlaba de ella. Entró en el despacho y cerró la puerta–. Bonito iPad.

–No –dijo Jamie. *Genial, más cotilleos para Gina*–. Así es como trato a mi ex, que lo dejó conmigo porque se acostaba con mi hermana.

Él le lanzó una mirada cargada de odio.

–Qué puta eres, no sé ni cómo llegamos a gustarnos.

–¿Qué quieres, Stephen? Tengo mucho trabajo.

–Tu padre ha tenido un infarto. Está en el hospital.

Jamie lo miró fijamente, estaba en shock. Se levantó y cogió el bolso.

–¿Por qué no has empezado por ahí? –Lo empujó para pasar y abrió la puerta–. ¿Cómo está?

–Estable. Pero lo van a mantener en observación de todas formas y tienen que hacerle una transfusión.

–¿En qué hospital está?

–En el Scott Thompson.

–Tengo que verlo de inmediato –dijo, caminando hacia los ascensores. Levantó la voz para decirle a Gina que se marchaba y que volvería más tarde. Luego fue hacia las escaleras.

–¿Qué haces? –preguntó Stephen, pulsando el botón del ascensor–. Yo no voy a bajar por ahí.

–Es más rápido.

Él se encogió de hombros.

–Pues yo bajo en ascensor. Te cuento lo que ha pasado mientras bajamos.

–Vale. –Jamie entró en el ascensor con él en cuanto se abrieron las puertas. Dentro de aquel pequeño cubículo notaba la colonia de Alex–. ¿Qué ha pasado?

Él se encogió de hombros.

–No lo sé –dijo, mirando el móvil–. Puedes ir tú sola, ¿no? Tengo que volver al trabajo.

–Eres un capullo –dijo Jamie–. Todo es un juego para ti, ¿no?

–Hey, que no se trata de mi padre –dijo Stephen–. Ha sido muy maleducado conmigo desde que nos conocimos, ¿por qué me iba a importar?

–No ha sido maleducado contigo, ¡ha sido un padre! Te acostabas con una de sus hijas y luego pasaste a la siguiente. –A Jamie le costaba creer que estuvieran hablando de eso–. Tú te portaste mal con toda mi familia cuando salías conmigo. Ni siquiera intentaste caerles en gracia hasta que empezaste a salir con mi hermana.

–Seamos realistas, Jamie. Me portaba mal con ellos porque sabía que no te caen bien. No era que pasara de ellos o nada por el estilo de lo que me estás acusando. Pensaba que no querías que me llevara bien con ellos. Si no, ¿por qué me contabas todas aquellas mierdas de ellos?

–Mentira –soltó Jaimie–. No fue así y lo sabes.

El ascensor se abrió y Jamie salió antes de que Stephen pudiera contestar. Corrió hasta la calle y cogió un taxi.

Desde el taxi llamó a Christine. Esperaba que su padre estuviera bien. Se imaginaba cómo estarían su madre y Christine en aquel momento. *Probablemente me echan la culpa del infarto*, pensó sarcásticamente.

Christine estaba llorando cuando contestó.

–Jamie, tienes que venir al hospital, papá ha tenido un infarto.

–Lo sé –dijo ella–. Stephen acaba de contármelo.

–¿Te ha llamado? –Sonaba sorprendida.

–No, ha venido a verme.

–¿De verdad?

Jamie sacudió la cabeza.

–¿Cómo está papá?

–No lo sé, no me dicen nada. Mamá está hecha polvo. No para de llorar y de quejarse, no veas qué vergüenza.

–Estoy de camino. Llegaré tan rápido como pueda.

El taxi llegó al Scott Thompson Hospital en menos de diez minutos. Tiempo suficiente para que Jamie se tranquilizara y analizara las posibilidades. Stephen había dicho que su padre estaba bien. Debía haberse tratado de un infarto leve, quizás de una angina de pecho. Le pagó al taxista y entró corriendo, preguntando en la entrada por la habitación en la que tenían a su padre. Encontró a su madre y a Christine esperando fuera de la habitación.

Su madre la miró con rencor.

–Por fin has llegado –dijo–. Has tardado muchísimo. Pero tenías que ser egoísta y empezar a trabajar,

¿no?

–Déjalo de una vez, Maggie –dijo su padre desde la habitación–. Te estoy oyendo.

Jamie ignoró a su madre y entró en la habitación.

–Hola, papá. ¿Cómo estás? –le dijo sonriendo.

Él miró hacia atrás, la madre de Jamie la seguía.

–¿Quieres dejar a Jamie tranquila con lo del trabajo? No iba a vivir en el sótano para siempre. –Le ofreció una sonrisa débil a Jamie–. Hola, mi niña –susurró–. Estoy bien, de verdad. Solo un poco cansado. No me dejan usar ni el ordenador portátil ni el móvil.

Jamie se rio por la cara de desesperación de su padre. Se sentó a su lado y le dio un toquecito en el corazón.

–Hey, si te han puesto un marcapasos no nos interesa que la electrónica interfiera.

Él sonrió y cerró los ojos.

–Tienes razón.

–Lo último que debes hacer ahora es trabajar. –Le apretó la mano–. Probablemente por eso te dio el infarto. ¿Necesitas algo? ¿Agua? ¿Otra almohada?

–Estoy bien –susurró sonriente–. Nunca he estado mejor.

–Jamie, ¿ya has encargado la almohadita para los anillos y la cesta para la niña que va a llevar las flores? –preguntó Christine–. Hay personas que dicen que no les ha llegado aún la invitación. Me dijiste que lo habías mandado todo.

¿En serio? Su hermana no había dicho ni una palabra desde que Jamie entró y lo primero era preguntarle sobre la boda. ¿Es que le importaba aunque fuera un poco su padre?

–Lo haré pronto –murmuró con los ojos fijos en su padre.

–Pues ya puedes hacerlo rapidito –dijo ella–. No tengo tiempo para hacerlo yo.

¿En qué estás tan ocupada? Apuesto a que probando tartas o probando vinos. Jamie le lanzó una mirada asesina a su hermana, que estaba de pie del otro lado de la cama con los brazos cruzados y la cara tiesa.

–¿Y por qué no le pides a tu dama de honor de recambio que lo haga?

–¡Jamie! –dijo la madre con aspereza–. ¿Ya vas a empezar? ¿Cuando tu padre ha tenido un infarto? –

Sacudió la cabeza–. Niñas, al pasillo, ahora.

Jamie se acercó para darle un beso en la frente a su padre. Parecía que se había quedado dormido.

–Vuelvo en seguida, papá.

Jamie se encontró en el pasillo con su madre y su hermana, las dos la miraban mal y tenían los brazos cruzados. Podían ser gemelas. O las hermanas de Cenicienta.

Su madre empezó primero.

–¿De verdad estás diciendo que no vas a adelgazar para la boda de tu hermana? ¿Tan poco te importa?

Pues sí. Porque no es que yo le importe mucho a ella.

–No, mamá –dijo, intentando mantener la calma. Quería volver con su padre–. No digo eso. Es que no tengo tiempo y Scarlet sí. Así que debería ser ella la dama de honor, ya que está claro que yo lo estoy haciendo fatal.

–Lo harías bien si no tuvieras otros compromisos –dijo Christine entre dientes–. Compromisos con tu guapísimo jefe, por ejemplo.

–¿Qué es eso del *guapísimo* jefe? –La madre miró a Jamie muy seria–. ¿Trabajas a cambio de favores sexuales?

Jamie sintió que se hundía. ¿Qué les había contado Stephen?

Christine se echó a reír.

–Quiere acostarse con él. –Miró a su hermana de arriba abajo–. Pero eso no va a pasar nunca.

–No –Jamie acribilló a Christine con la mirada–. Para nada es así.

–Pensaba que os había educado bien –dijo su madre–. Es muy poco profesional acostarse con el jefe o sentir algo por él que no sea platónico. No confundas el trabajo con el amor, no te saldrá bien.

–No me estoy acostando... –Jamie bajó la voz cuando una enfermera las miró desde el otro lado del pasillo–. Mi trabajo es completamente profesional.

–He visto a Alex Reid, mamá –dijo Christine–. Nunca se va a acostar con Jamie.

–¡Yo tampoco lo haría! –Jamie odiaba sentir la necesidad de defenderse.

–¿No? –Christine soltó una risa burlona y Jamie supo que estaba tramando algo. Siempre ponía esa cara cuando iba a acusarla con su madre–. Ya se acostó una vez con el hijo del jefe–. Se mofó Christine–.

¿No te acuerdas cuando Stephen salía con ella porque le daba pena?

–¿Era el hijo de tu jefe?

Su madre se puso pálida y se sujetó a la pared.

–Mira lo que provocas, Jamie –chilló Christine–. Ahora le va a dar un infarto a mamá.

–¡Yo no provooco nada! –gritó Jamie–. ¡Sois increíbles! Papá está allí –señaló a la habitación– ¿Y

estáis intentando culparme de su infarto o del de mamá? ¡Una mierda increíble!

–Siempre se trata de ti, Jamie. –Christine le lanzó una mirada cargada de odio

y luego miró detrás de ella. Hizo una mueca—. Tu culo gordo siempre va buscando encontrarse con alguna polla, ¿no es así?

—Espero no interrumpir —dijo bajito una voz masculina.

Un escalofrío recorrió la espalda de Jamie y se quedó rígida.

Todas dejaron de hablar, mirando a Alex, que estaba detrás de Jamie. Llevaba un gran ramo de flores en la mano. Se veía tan fuera de lugar, bien vestido e increíblemente guapo. En parte a Jamie le daban ganas de reír. En parte quería darle una bofetada.

—Para nada —dijo Christine con dulzura, mirando a Alex de arriba abajo con los ojos brillantes. Le recogió las flores—. Deben ser para mi padre. Qué detalle. Debes ser Alex Reid, me han hablado mucho de ti.

—Lo soy —dijo él, no parecía muy seguro de qué otra cosa decir—. Mi secretaria me ha contado la situación y he querido venir a traer flores y ofrecer mis mejores deseos. —Le sonrió a Jamie—. ¿Cómo está tu padre?

—Está bien, creo. No he tenido mucho tiempo para enterarme de lo que ha ocurrido. —Mantuvo la mirada fija en sus preciosos ojos azules, aunque habría querido mirar a su madre y a Christine.

—¿Por qué no te tomas el resto de la semana libre? Pasa con tu padre todo el tiempo que necesites. La oficina puede esperar hasta el lunes.

Jamie tenía ganas de llorar. De verdad tenía buena intención, ella lo sabían, pero decir aquello frente a su familia solo iba a empeorar las cosas.

—Es muy... amable de su parte, señor Reid —dijo la madre, lanzándole a Jamie una mirada suspicaz—.

La mayoría de los jefes no serían tan generosos.

Mierda. De verdad piensa que nos acostamos.

—¿Quiere que le ayude a poner las flores en la habitación? —preguntó Jamie con torpeza.

–Claro.

Alex parecía aliviado de poder escapar de la madre y la hermana.

Jamie le cogió las flores a Christine, casi tuvo que arrancárselas de las manos. Entró en la habitación con Alex detrás de ella y sin dejar de mirar a su padre.

Él levantó la mirada en cuanto entraron, entreteniéndose en Alex y pasando luego a su hija. Estrechó los ojos al mirar detrás de ellos.

–Señor Reid, ha sido muy amable dándole trabajo a mi hija, especialmente teniendo en cuenta que el resto de su familia es agotadora. –Suspiró y contuvo el aliento–. Creo que lo mejor para usted es que la deje marchar. Ella no está, eh, digamos, hecha para trabajar hasta tarde. Le romperá el corazón.

A Jamie le ardían las mejillas mientras las lágrimas amenazaban con desbordársele. Su padre, el único que se había alegrado un poco por su nuevo trabajo, ahora le decía a su jefe que debía despedirla porque pensaba que ella estaba enamorada de él. Era el día más humillante de su vida; casi entendía que Stephen hubiese preferido volver al trabajo antes que ir a visitar a su futuro suegro al hospital.

Alex miró al padre de Jamie. Su sonrisa era cordial pero su mirada helada.

–Aunque aprecio su comentario, señor Connors, yo decidiré lo que es mejor para mi empresa. Porque la empresa es mía. Su hija es muy valiosa, debería sentirse orgulloso de ella y no avergonzado.

El padre se sonrojó e intentó en vano incorporarse.

–Papá, no. –Jamie se acercó mientras el monitor del ritmo cardiaco mostraba un aumento repentino.

Alex bufó, con una cara indescifrable.

–Tengo que volver al trabajo, Jamie. Hasta luego. Christine, señora Connors, Jamie. –Movi6 la cabeza ante cada una de ellas y luego gir6 sobre sus talones para marcharse.

Jamie miró a su familia sintiéndose derrotada. Todos ellos eran malas personas. Todos. Incapaz de permanecer en la habitación y afrontar el odio y las acusaciones de su familia, salió corriendo.

Dudó un poco en el pasillo, no estaba segura de hacia dónde debía ir.

Alex estaba cerca de la puerta y le cogió el brazo.

–Por aquí –dijo–. A los ascensores.

–Por favor no me toque –susurró Jamie liberando el brazo como si estuviera en llamas.

Caminó delante de él y pulsó el botón del ascensor. En cuanto se abrieron las puertas, entró, pero Alex logró colarse antes de que las puertas se cerraran. Una vez dentro, pulsó el botón de emergencia.

–Pero, ¿qué haces? –Jamie estaba al borde de las lágrimas. No podría contenerlas mucho más tiempo.

–Necesitas llorar –dijo Alex–. Ahora no te ve nadie. Solo estamos tú y yo. Suéltalo.

–¿Estás loco? ¡Vamos a meternos en problemas!

–Le haré una buena donación al hospital. –Sacudió la mano como si tuviera una varita mágica–. Les construiré una nueva ala, o les daré equipo nuevo, lo que sea. Te sientes mal. –Se acercó a ella–.

Respira, Jamie. Respira.

Ella abrió la boca para gritar, pero no le salían las palabras. Se cubrió la cara con las manos y se echó a llorar. Estrés, rabia, humillación, tristeza y un millón de sentimientos más salieron desbordados.

Notó que Alex la envolvía entre sus fuertes brazos y le acariciaba la espalda.

–Está bien –susurró–. Ya está, llora, Jamie. Lloro.

Avergonzada, lloró con más fuerza y enterró la cara en la chaqueta de Alex. El calor que emanaba de su cuerpo la reconfortaba. Jamie se separó y miró hacia otro lado.

–Tienen razón –dijo bajito, buscando un Kleenex en el bolso–. Soy tan tonta.

Él sacó un pañuelo de su chaqueta y se lo ofreció.

–Definitivamente no eres tonta.

Ella lo cogió y se sonó la nariz, ni siquiera le importaba que su cara estuviera roja, hinchada, horrible.

–Deberías despedirme.

–Jamie. –Le cogió los brazos con suavidad para que lo mirara–. No te voy a despedir.

–No vale la pena aguantar todos los problemas que da mi familia por mí. Sabes que te encuentro atractivo. Probablemente tus empleados han creado un millón de rumores sobre nosotros. No vale la pena.

Él la miró divertido.

–¿Me encuentras atractivo?

Jamie puso los ojos en blanco.

–¿De todo lo que acabo de decir eso es con lo que te quedas? Tendría que estar ciega y sordomuda para no encontrarte atractivo. Y aún así...

No pudo acabar la frase porque los labios de él de pronto de cubrieron la boca. La abrazó con fuerza, mientras con una mano le acariciaba el pelo. Jamie sintió un shock, pero también oleadas de placer, de miedo y de felicidad en estado puro. Los labios de Alex pasaron a sus mejillas y luego a su sien para quedarse en su pelo.

Jamie parpadeó, intentaba ordenar sus pensamientos y apartar el placer. ¿Por qué tenía que ser aquel hombre tan tremendamente excitante? Al fin, Jamie se

dio cuenta de lo que estaba pasando.

–Esto no está bien –dijo–. Eres mi jefe. Y... –Estuvo a punto de decir *me vas a partir el corazón*, pero se contuvo a tiempo–. Dijiste que no querías distracciones en el trabajo. Por eso me contrataste.

Él emitió una risa ligera.

–No quiero distracciones, pero es imposible no distraerse contigo. Me he esforzado por no notar cómo te muerdes el labio cuando estás nerviosa o lo sexy que te pones cuando intentas ser la reina de la profesionalidad. Me encanta cómo suena mi nombre cuando tú lo dices y siempre me he preguntado cómo sería que me llamaras simplemente Alex. –Se enderezó de golpe, como si acabara de decir una palabra prohibida.

Jamie se sonrojó y se quedó sin habla.

–No sé qué decir –dijo al fin.

Alex dio un paso hacia atrás, pulsó el botón de emergencia y el ascensor volvió a moverse, luego pulsó el botón de la planta baja.

–No tienes que decir nada, ha sido culpa mía. No quería decir lo que he dicho. –Se pasó las manos por el pelo y recuperó su aspecto profesional, indescifrable–. Te pido disculpas. Ha sido el calor del momento, la forma en la que han salido las cosas este día. No quería decir lo que he dicho.

Jamie se quedó mirando a los números que pasaban del tres al dos.

–No tienes que disculparte, no pasa nada.

–Eres muy buena en tu trabajo y es verdad que eres muy valiosa para la empresa. Sentí pena. Por cómo es tu familia, por el estrés de este día. Me confundí. No volverá a pasar. Nunca más. –Sus manos estaban encogidas formando puños y tenía la mirada clavada al frente–. Te veo el lunes.

Cuando el ascensor se abrió, salió en seguida. Jamie esperó hasta que las puertas empezaron a cerrarse, entonces salió.

Capítulo 11

Jamie se acercó al mostrador de recepción para pedir que le avisaran si había cualquier cambio en el estado de su padre. Le costó un buen esfuerzo no llorar cuando salió para buscar un taxi con el que volver a la oficina a recoger su coche. Cuando por fin estuvo a solas dejó que rodaran las lágrimas.

“Solo hasta que llegues a tu piso, luego paras”, se dijo. Cogió un Kleenex y se limpió la cara. Por un segundo en el ascensor creyó que Alex flirteaba con ella. *¡Con ella!* Luego todo había desaparecido y él le dijo que había dicho aquellas palabras porque ella le daba pena. ¿Pena? No se podía caer más bajo.

Se sonó la nariz y se limpió las lágrimas con el dorso de la mano mientras se acercaba a casa. Al pulsar el botón para abrir las rejas bajó la ventanilla con el deseo de que un poco de aire fresco le borrara el enrojecimiento de la cara.

Por suerte no veía el coche de Alex en el aparcamiento. Jamie aparcó en su sitio habitual y se bajó del coche manteniendo la cara agachada.

La piscina olímpica del jardín echaba vapor en el frescor de la tarde. Eran los primeros días del invierno y la piscina aún estaba abierta. Tan solo Alex Reid pagaría para mantener una piscina al aire libre con la temperatura de una bañera. Jamie estuvo tentada a quitarse la ropa y saltar. Un chapuzón de media tarde en invierno, en la casa de un multimillonario. La ballena gorda sacando toda el agua, ¡qué sexy! Se rio mientras abría la puerta de su suite y entraba.

Volvió a salir cuando su cerebro le indicó que había una caja junto a su puerta que no había visto. Se agachó para recogerla. Era una hielera con una nota de Murray; había vuelto a cocinar para ella.

La llevó hasta la cocina y guardó las cosas en el frigorífico, tirando las llaves en la encimera. Quizás comiese algo más tarde, en aquel momento no tenía hambre. Se quitó la falda y la blusa y las dejó caer en una montaña arrugada. Se metió en la cama en ropa interior, sin pararse a pensar si había cerrado con llave o no. Daba igual, nadie iba a entrar.

Se quedó mirando a las cajas que aún esperaban junto a la pared para ser

abiertas. Al menos podría organizar al fin sus cosas en aquel tiempo libre.

Se giró y se cubrió con el caro edredón. Cerró los ojos exhausta. Odiaba su vida.

Jamie pasó su primer día libre en el hospital con su padre. Su madre y Christine iban a hacer cosas toda la mañana. Lo que había ocurrido el día anterior aún hacía que el ambiente fuese un poco raro, pero le hizo compañía a su padre mientras le hacían varias pruebas y veían viejos capítulos de *Mentes criminales*. Para alivio de Jaimie, no hablaron ni de su trabajo ni de la boda. Jamie llevó a su padre a casa por la tarde, cuando el médico le dio el alta con instrucciones firmes de que volviera a la mañana siguiente para hacerse otras pruebas.

—Siento lo de ayer —dijo él cuando estaban en el coche—. Sé que eres una buena trabajadora y no hay motivos para que te despidan. Hasta donde yo sé.

—Hasta donde yo sé, tampoco los hay. —Jaimie mantenía los ojos pegados a la carretera y esperaba que su padre no hiciera más preguntas. Puso cara de poker y él pareció perderse en sus propios pensamientos.

Jamie lo miró por el rabillo del ojo. Aunque su familia fuera tan pesada a veces los quería. No quería que su padre estuviera mal.

—Hey, papá, ¿crees que el miércoles estarás bien para salir a cenar? Podemos ir a algún sitio bonito, donde tengan comida sana, por supuesto. Tienes que cuidar tu colesterol, como ha dicho el médico. ¿Se lo digo yo a Christine y tú se lo dices a mamá? Invito yo, para compensaros por las molestias. Podríamos ir a Michael Angelos.

—¿Invitas tú? —sonrió—. Estoy seguro de que estaré bien para ir. ¿Qué vamos a celebrar? No sueles querer cenar con tu familia.

Jamie sonrió con tristeza. Normal que él no lo recordara, ¿cómo iba a hacerlo si tan solo había ido a dos en toda su vida?

—Lo sé, pero es que el miércoles es mi cumpleaños, así que sería bonito que cenáramos juntos.

–Buena idea. Christine llevará a Stephen, por supuesto.

–Por supuesto.

Jaimie no vio a su padre el resto de la semana. Se suponía que debía descansar, pero empezó a trabajar aún estando en cama y le prohibió a todo el mundo que entrara a la habitación, incluso a su mujer, que por ese motivo estaba especialmente gruñona. Christine llamaba a Jaimie sin parar, la tuvo haciendo interminables gestiones para la boda. Sin embargo, Jamie pudo abrir por fin sus cajas y colocar sus cosas para sentir que aquello era su casa. Pero nada logró que dejara de pensar en Alex.

Oía las máquinas del gimnasio por las mañanas y esperaba hasta estar segura de que él se había marchado antes de bajar. Evitarlo no ayudaba mucho, ya que lo tenía en mente todo el tiempo y aquel beso dominaba sus fantasías. No estaba bien que siguiera pensando en él, pero Jaimie no podía evitarlo.

Alex Reid era el hombre más sexy que había conocido, era muy difícil no sentirse tentada.

Imaginarlo haciendo ejercicio y sudando le robaba el sueño. Se quedaba tumbada en la cama mientras él entrenaba, esperando a que él se marchara a las seis de la mañana; luego Jaimie pasaba una hora en el gimnasio, ya fuera en la cinta de correr o en la bicicleta, incluso en la piscina. Entre el ejercicio y la comida sana, a Jamie le empezó a quedar floja la ropa de gimnasia. Se negaba a salir a comprar ropa nueva; sentía que no necesitaba ropa ajustada que la hiciera verse ridícula. Una parte de ella le rogaba que saliera a comprar unas mallas ajustadas y un bonito top deportivo color rosa, así un día podría estar sudando en el gimnasio y Alex se quedaría con la boca abierta al entrar y encontrársela. Eso nunca iba a pasar pero, hey, era divertido imaginárselo.

Se imaginaba con la piel brillante, con la cantidad justa de sudor, su pelo rubio recogido en una coleta sexy. El pelo liso, no aquel moño mal hecho de pelo rizado que siempre llevaba. Se veía caminando o mejor corriendo, con su top rosa y unas mallas que le quedaban de maravilla, aunque también podían ser unos pantalones cortos que se ajustaran perfectamente a las maravillosas curvas de su trasero. Ella sonreiría cuando él entrara, quizás lo saludaría con la mano o quizás solo movería la cabeza. No lo oiría porque

llevaría música, con sus cascos y su iPod.

Alex se quedaría flipado, con la boca abierta, luego caminaría hacia ella.

—¿Qué has hecho? ¡Cuánto peso has perdido!

Vale, él no diría eso, era demasiado estúpido.

Jamie salía de sus ensoñaciones arrancándose el edredón y caminando hacia el gimnasio con su horrible y abombada ropa de deporte, o con su bañador de cuerpo entero que no era sexy en lo más mínimo.

El lunes por la mañana, antes de salir para volver al trabajo, alguien llamó a la puerta. Jaimie había ido temprano al gimnasio con la esperanza de encontrarse con Alex y ver si iban a estar bien en el trabajo. No quería que las cosas siguieran raras y fuera muy incómodo trabajar. Pero Alex no apareció, así que hizo su rutina de ejercicios sola.

Al oír que volvían a llamar a la puerta, Jamie puso a un lado su ordenador portátil e intentó ahuyentar

de su mente las imágenes de flores y canciones para la boda. Se levantó para abrir.

Alex estaba a unos cuantos centímetros de ella, con su traje, listo para ir a trabajar. Jugeteaba con el cuello de la camisa. Las orillas de su boca se curvaron ligeramente hacia arriba:

—Quiero disculparme —dijo bajito—. Mi reacción fue exagerada, estuvo fuera de lugar. No debí reaccionar así, te prometo que no volverá a pasar. —La miró de arriba abajo—. Me alegro de que vuelvas hoy al trabajo.

Se giró para marcharse.

—Espera —dijo Jamie mordiéndose el labio—. Gracias por disculparte y por los días libres. Me han venido de maravilla. Yo también me alegro de volver a trabajar.

Alex se relajó.

—No te alegrarás tanto cuando veas el trabajo que hay acumulado. —Le guiñó un ojo y metió las manos en los bolsillos de la chaqueta, luego dio media vuelta y se marchó silbando.

Jamie lo observó con la boca seca. *Tienes que ser profesional*. Le habría gustado que le resultara tan sencillo como lo era para él.

Capítulo 12

Gracias a que tenía que ponerse al día por haber faltado a trabajar casi una semana, Jamie no tuvo tiempo de pararse a pensar si estaba siendo profesional o no. Alex Reid había recibido un aluvión de trabajo mientras Jamie no estaba. Debe haber trabajado hasta la noche cada día. Y como la tablet y el móvil de Jamie estaban sincronizados con él, Jamie pudo ver todo lo que Alex había hecho. Tomó notas breves para que tanto Gina como Jamie redactaran comunicados de prensa. Jamie se puso al día con todo y para el miércoles ya no le quedaba nada pendiente.

Entró al despacho de Alex en cuanto mandó un email a una empresa que Alex quería comprar. Llamó suavemente a la puerta:

—¿Señor Reid?

Alex estaba de pie, con las manos detrás de la espalda, mirando por el enorme ventanal a la ciudad que se extendía debajo de ellos. Se giró para mirarla.

—¿Sí, señorita Connors?

—¿Hay que hacer algo más para hoy?

Jamie miró de refilón el reloj, eran casi las seis y había quedado con su familia a las seis y media. Si tenía que cancelar debía hacerlo de inmediato.

—Nada más, has trabajado el doble estos últimos días. Gracias, valoro todo tu trabajo. Tengo una reunión más pero puedo ir solo. —Volvió a mirar por la ventana—. Que pases buena tarde, señorita Connors.

—Igualmente, señor.

Jamie dudó, pero finalmente volvió a su despacho. Había estado tentada de decirle que era su cumpleaños. Pero, ¿de qué serviría? No era más que un número. A lo largo de todo el día no había recibido ni una llamada ni un email para felicitarla por su cumpleaños. No le importaba, ¿por qué le había dado por pensar de pronto que necesitaba una felicitación de él?

Bajó deprisa por las escaleras y pasó al servicio de la planta baja para revisar su maquillaje. Se retocó los labios y salió para conducir hasta el Michael Angelos.

Su familia estaba esperándola dentro, ya habían pedido una botella de vino.

–¡Hola, cariño! –Su padre se levantó para darle un beso–. ¡Feliz cumple!

–¡Es verdad! –Christine levantó la botella de vino–. Había olvidado que hoy era tu cumpleaños.

Felicidades. –Iba a servirle una copa cuando se dio cuenta de que la botella estaba vacía–. ¡Vaya! Creo que hemos empezado sin ti. –Llamó al camarero para que trajera otra botella.

La madre de Jamie le sonrió.

–Feliz cumpleaños. ¿Crees que a estas alturas el próximo año estaremos esperando bebé?

–¿Cómo? –Jamie parpadeó.

La única silla libre que había estaba en un rincón, detrás de Stephen. Jamie tuvo que pedirle que se echara para adelante para poder pasar.

–Por Christine. –Su madre puso los ojos en blanco–. Hablaba de Stephen y Christine, de si van a tener hijos. De si por fin me van a dar un nieto.

Stephen se levantó y empujó su silla. Se apartó como para dejar pasar a Jamie, luego la sorprendió dándole un beso en los labios.

Jamie estaba concentrada para no rozar ni lo más mínimo su polla y por ello

no vio cuando él acercaba la cabeza. Se quedó helada en cuanto sintió sus labios.

–Feliz cumpleaños, Jamie. –Le dio una palmada en el trasero antes de dejarla pasar.

Nadie se dio cuenta. En shock, Jamie se sentó y cogió la carta. La sostuvo alta para cubrirse la cara y que nadie se diera cuenta de que la tenía en llamas. Cuando al fin se calmó lo suficiente para tomar parte en la conversación, se dio cuenta de que habían traído la segunda botella de vino y de que se habían llenado todas las copas, salvo la de ella. Cogió la botella, con la sorpresa de que otra vez estaba vacía.

La copa de Stephen, la de Christine y la de su madre estaba llenas hasta el borde.

–Toma –le dijo su padre pasándole su copa–. Yo no debo beber. –Le guiñó el ojo–. La he llenado al máximo para ti.

Aquel fue el único regalo que Jamie recibió en la mesa. Se quedó sentada en su rinconcito, participando en la conversación cuando se lo pedían, pensando en el trabajo y en Alex. Se preguntaba a qué reunión había ido y si salía con alguien desde que cortó con Annette. No era asunto suyo.

–¡Jamie!

Parpadeó y dirigió la atención hacia su hermana.

–Lo siento, ¿qué decías?

Christine puso los ojos en blanco.

–¿Cuánto has bebido? –No esperó a que Jamie respondiera–. Mamá y yo estábamos hablando de que sería muy bonito si hiciéramos nosotras mismas los regalos de los invitados. Se lleva mucho hacerlos a mano. ¿Qué opinas?

–Sí, claro. Es muy buena idea.

Christine aplaudió.

–¡Perfecto! Sabía que te ofrecerías a hacerlos. Ya he pedido el material, el molde para recortar y todo. Vas a tener que hacer unos... –se giró hacia su madre–: ¿doscientos? Doscientos cincuenta.

–¡Espera! ¿Qué?

Jamie intentó darse cuenta de qué parte de la conversación se había perdido. Su madre y su hermana estaban en un extremo de la mesa y ella estaba apretujada entre los dos hombres, que básicamente hablaban de fútbol y otros deportes. Dos cosas que para ella no tenían por qué ir juntas.

–Te he preguntado si te apetecía hacerlos. –Christine inclinó la cabeza. Sus cejas se unieron de la forma en que solían unirse cuando algo no iba bien–. Acabas de decir, y estas han sido las palabras exactas: “sí, muy buena idea”.

–Pensé que hablabas de que Stephen y tú los ibais a hacer.

Stephen soltó una carcajada.

–Yo no hago esas mierdas.

–Jamie –lloriqueó Christine–. No tengo tiempo. Ya he pedido todos los materiales, no los puedo devolver.

Jamie sopló para apartarse el flequillo de la frente.

–¿Y por qué no lo hacemos las dos juntas? –Apartó el plato de pasta con pollo, ya no tenía hambre.

Christine le mostró una sonrisa radiante.

–¡Sabía que lo harías!

–Acabo de preguntarte si lo hacemos las dos.

Su hermana movió la mano en el aire.

–Sí, claro, lo que tú digas. Haré que te dejen el material en la oficina para que empieces cuanto antes.

Ya quedaremos luego algún día para dar los toques finales.

La madre de Jamie le sujetó el brazo al camarero que pasaba.

–Ya hemos terminado, ¿le importaría limpiar la mesa y traer la tarta? –Señaló el plato de Jamie—. Y

póngame eso para llevar. Mi hija no lo quiere, es que está intentando adelgazar.

¿De verdad? ¿Su madre le estaba haciendo eso el día de su cumpleaños?

Jamie meneó la cabeza. Al menos su madre había pedido una tarta, algo era algo.

Cuando el camarero limpió la mesa Jamie miró a su alrededor. Aquel restaurante era uno de los mejores sitios para cenar. Sospechaba que se le iba a ir la nómina completa de un mes tan solo en el vino que su familia se había bebido. Irónicamente, la carta de bebidas había desaparecido de la mesa. Stephen mencionó en algún momento que le encantaba que Jamie pudiera por fin pagar una cuenta. Ella ignoró el comentario, pero empezó a preguntarse para qué había propuesto aquello.

Trajeron una tarta con velitas chispeantes. Jamie sonrió, pero su sonrisa desapareció en cuanto leyó la inscripción: *¡Felicidades, Christine & Stephen!*

Se quedó mirando a la tarta, mordiéndose la lengua para no lanzar algún comentario afilado.

Christine aplaudió.

–Seis meses, cariño, y seré toda tuya. –Cortó la tarta en tres grandes rebanadas y dos muy, muy pequeñitas—. Para ti y para papá. –dijo, pasándole una a Jamie y otra a su padre—. Los dos tenéis que cuidar lo que coméis. Seis meses no es mucho tiempo, Jamie.

Jamie se quedó mirando la rebanada que sería como mucho de tres bocados.

–Gracias –murmuró.

Christine había logrado robar el único día del año que era de Jamie. Ni siquiera le apetecía la tarta, así que le pasó su trozo a su padre cuando él se acabó el suyo. Él le guiñó un ojo y ella sonrió.

Cuando trajeron la cuenta Stephen señaló a Jamie.

–Hoy corre a cargo de ella.

Jamie se estiró por encima de Stephen, deseando en secreto darle “accidentalmente” con el codo en la nariz. Por supuesto eso no ocurrió.

El camarero le ofreció a Jamie la primera sonrisa sincera que ella había recibido desde que entró al restaurante.

–Alguien ha pagado ya su cuenta, señorita –dijo sonriente, como si se tratara de algún tipo de juego.

–¿Qué? –Stephen cogió la carterita de cuero rojo que contenía la cuenta.

Jamie se la arrebató de las manos y la abrió. La cuenta llevaba el sello de pagada.

–¿Quién ha pagado? –Miró a todos los miembros de su familia y uno a uno menearon la cabeza.

–Ha sido aquel caballero –dijo el camarero, señalando a un rincón donde se encontraba una mujer con un espectacular vestido rojo. El hombre con el que estaba se encontraba sentado de espaldas.

Jamie no sabía de quién se trataba. Le encantaba el vestido que llevaba la preciosa morena. Deseó poder ponerse algo así. Ese sería su deseo de cumpleaños si pudiera pedir uno; poder ponerse un vestido rojo entallado como aquel y verse bien.

–Joder –balbuceó Stephen.

Jamie estaba mirando a la mesa de la esquina cuando la mujer le tocó la mano al hombre y este se levantó para caminar hacia la mesa de Jamie con una copa en la mano.

Alex Reid.

Jamie sabía que tenía la boca abierta. Pero no sabía qué decir cuando él se acercó.

–Buenas noches –dijo Alex.

Al parecer, la familia de Jamie tampoco sabía qué decir.

Stephen se levantó y le estrechó la mano a Alex.

–Hey, colega, ¿cómo estás?

–Bien, gracias. –Alex alzó su copa–. He oído que es su cumpleaños, señorita Connors.

Jamie asintió, quedando arrinconada cuando Stephen se volvió a sentar.

–Feliz cumpleaños. Lamento no haberme dado cuenta de ello antes. La habría dejado salir antes del trabajo –le guiñó un ojo–. Salud. –Sonrió y volvió a su mesa con su chica sin volver a mirarlos.

–Qué raro –le dijo la madre a Christine.

Stephen sonrió.

–Seguro que lo hace con todas sus *asistentes personales*.

–¿Qué has querido decir con eso? –Jamie tenía la cara roja de rabia.

Alex tan solo había tenido un detalle bonito. No tenía ninguna obligación pero lo había hecho. ¿Por qué querían convertirlo en algo malo?

Christine le dio una patada a Stephen por debajo de la mesa. Su ‘au’ audible le arrancó una sonrisa a Jamie.

–Alguien como él no se acostaría con mi hermana. Os lo aseguro.

Jamie estaba deseando que terminara la noche. Fingió un bostezo y se

levantó.

–Gracias a todos por... por –Intentaba pensar en algo que hubiesen hecho por ella–. Por haber venido.

Esperó a que Stephen se levantara para poder marcharse.

–¡Repitámoslo el próximo año! –Stephen la observó atentamente mientras ella se estiraba para coger el abrigo. Él inclinó la cabeza–. Has cambiado –le dijo en un tono incómodamente bajo–. Te lo noto, estás diferente.

–No –Jamie sacudió la cabeza–. Soy la de siempre. –Miró hacia la mesa en la que estaba la morena guapa–. Gracias otra vez –susurró sin dirigirse a nadie en concreto, pero deseando que Alex pudiera oírla desde el otro lado del salón.

Capítulo 13

–Señorita Connors, déjame el informe esta tarde en mi mesa. También necesito que recojas mi ropa del tinte en una hora y la gente de la Anderson Company llega esta noche, así que necesito que te asegures de que la sala de reuniones número cinco está preparada para ellos.

–De acuerdo. –Jamie tomó nota de todo en su tableta–. ¿Quieres que te traiga la ropa del tinte aquí a la oficina?

Él bajó la mirada para estudiarse.

–¿Tengo el traje arrugado?

Jamie permitió que sus ojos se pasearan sobre su bonito cuerpo arriba y abajo.

–Yo lo veo bien –susurró.

–Entonces, si no te importa llevártelo a casa, ya paso yo luego a recogerlo.

Alex no mencionó nada de su cena de cumpleaños, celebrada dos semanas atrás. Ella tampoco mencionó nada.

Él chasqueó los dedos.

–Le voy a pedir a MacBane que nos traiga la cena. Le pediré que traiga también algo para ti.

Jamie parpadeó, las palabras escaparon de su boca antes de que pudiera evitarlo: –¿Por qué?

Alex contuvo la risa.

–Va a ser una noche muy larga y no me apetece pedir comida para llevar. Y no puedo permitir que pases hambre, aunque la gente piense que ya lo hago.
–Sonrió brevemente y luego volvió a ponerse serio.

Le lanzó a Jamie un llavero.

–Son las llaves de mi piso. Puedes dejar mi ropa y recoger la comida del frigorífico de la cocina. –

Alex sonrió una vez más—. Gracias, señorita Connors. De verdad te lo agradezco.

Jamie asintió.

–De nada, señor Reid.

Alex se sentó frente a su mesa y miró su móvil.

Jamie apretó las llaves y recogió su bolso. Estirar las piernas le vendría bien; podía recoger la ropa del tinte de camino a casa. Quizás le diera tiempo incluso de cambiarse.

Jamie recibió una llamada de Christine cuando salía del edificio. Por un segundo tuvo la impresión de que Christine vigilaba el edificio para verla entrar y salir. Pero abandonó la idea en seguida. Nunca le dedicaría tiempo a nada.

–Hey, Jamie, ¿estás ocupada? –preguntó Christine.

–Estoy trabajando, pero me han mandado a hacer una cosa en la calle, así que si se trata de algo rápido...

–Solo necesito que me digas adónde tienen que mandarte el material para los regalos de los invitados.

–Ah, sí, claro –Jamie puso los ojos en blanco–. Que lo manden a mi oficina.

–¿A tu jefe no le va a importar?

–No pasa nada. Tengo un poco de prisa, Christine. Luego te mando la dirección en un mensaje. –Se detuvo frente a su coche–. También puedes hacer que te la lleven a casa y yo...

–Jamie, eres mi dama de honor, te necesito y resulta que no puedes dedicarme ni un momento.

–Te mandaré la dirección. No hay problema –No le dio tiempo a discutir–. ¡Hasta luego!

Se guardó el móvil en el bolsillo y abrió el coche.

–¡James! ¡Jamie! ¡Jamie-James!

¡No puede ser verdad! Se giró al escuchar la voz de Stephen y se apoyó en el coche. Él apestaba a alcohol, llevaba la camisa arrugada y desabotonada.

Stephen se tambaleaba al caminar hacia ella.

–He cometido un tremendo error, errori-rori –balbuceó.

–¿Qué haces aquí? –siseó ella–. ¿Por qué no estás trabajando?

–He llamado para decir que estaba malo –balbuceó, acercándose más.

Jamie se apartó un poco y luego un poco más.

–Debería casarme contigo y no con Christine. –Intentó acercar la mano para acariciarle el pelo pero falló–. Tú eres la hermana sexy y lista. Eres

demasiado maja, tanto que se pasan contigo. –Le mostró una sonrisa torcida–. Y lo que haces en la cama... –La recorrió con la mirada–. Tenías aquel michelín, pero estoy seguro de que si te levanto la ropa, ya no está.

Jamie se obligó a permanecer tranquila. Podía correr más rápido que aquel cabrón borracho si era necesario, aún con los tacones y la falda larga que llevaba.

–¿Tienes dudas respecto a la boda?

Él levantó las manos y dio un paso más para acercarse.

Jamie se dio cuenta de que había ido retrocediendo hasta el edificio.

–No lo sé. Está buena, pero la muy petarda no se calla. –Meneó la cabeza–. Se cabrea y se queja todo el tiempo. –Se frotó una ceja con el pulgar, tambaleándose en su sitio.

–¿Al menos quieres a Christine?

Jamie miró el reloj, no tenía tiempo para aquella conversación. Además le daba pena su hermana. La ponía de los nervios, pero no por ello se merecía tener un matrimonio sin amor.

–Stephen, estás borracho. Vete a casa y duerme la mona. Haré como si nunca hubiéramos tenido esta conversación.

–Calla –dijo él cogiéndole los brazos–. Tú calla y ya está.

Antes de que Jamie pudiera protestar él empezó a besarla con fuerza. Jamie se revolvió, tenía arcadas, pero él la sujetó con más fuerza, estampándola contra la pared y empujando con su cuerpo. La obligó a abrir los labios y le metió la lengua en la boca. Las arcadas se hicieron más fuertes. Jamie intentaba apartar la cabeza, pero él la cogió del pelo para sujetarla. Al hacerlo, le soltó los brazos.

Ella cogió el móvil mientras él la empujaba con más fuerza contra la pared, sujetándole los brazos otra vez. Jamie dejó de luchar contra él, se concentró para abrir el móvil. No le importaba a quién iba a llamar, le daba igual qué

número marcaba, lo importante era que la oyeran luchando por liberarse de Stephen.

Él le torció la mano y el móvil cayó al suelo, cerca de sus pies. Stephen ni siquiera se dio cuenta.

Cogió la mano de Jamie y la apretó contra su pequeña erección. Probablemente estaba demasiado borracho para que se le levantara.

Ella torcía el cuello hacia un lado y a otro, intentando liberar su boca. Le mordió los labios a Stephen y sintió el sabor de su sangre, pero él no la soltaba.

—Sabes que me deseas —murmuró él, acercándose a su oído mientras se aseguraba de sujetarle el cuello con fuerza.

—¡Suéltame! —Jamie seguía peleando—. ¡Voy a gritar, Stephen! —susurró y los nudillos de él le apretaron tanto la garganta que le cortaron la respiración.

—¡Cállate! —le dijo, lamiéndola y besándola otra vez.

De pronto la dolorosa presión del cuerpo de Stephen cedió. Estaba volando hacia atrás. Alguien había escuchado su llamada y había venido a rescatarla.

Jamie dejó caer las manos sobre las rodillas, intentando recuperar la respiración. Levantó la mirada al distinguir el sonido de un puñetazo en una mandíbula, eso la trajo de vuelta a la realidad.

Alex estaba a unos cuantos pasos, pegándole a Stephen repetidamente. Ella corrió para sujetarle el brazo.

—Para, por favor —dijo—. No vale la pena que te arresten por agredirlo a él.

Alex la miró con la respiración agitada. Jamie se echó a temblar al ver la rabia que bullía en sus ojos.

—Tienes razón. —Miró con odio a su antiguo amigo, ahora cubierto de sangre y aún borracho. Levantó a Stephen sujetándolo por la camisa—. ¡Lárgate de aquí! —siseó y volvió a tirarlo al suelo.

Stephen se levantó con torpeza y se marchó tambaleándose y murmurando insultos.

Jamie vio cómo se alejaba y de pronto la adrenalina la abandonó. Se derrumbó contra Alex, temblando y limpiándose la boca, tenía ganas de vomitar al pensar en Stephen.

–Gracias –dijo–. Me alegro de que hayas aparecido.

–Me alegro de que me llamas –respondió él–. Muy inteligente de tu parte.

Jamie sacudió la cabeza.

–Ha sido una casualidad –dijo–. No veía el móvil, tuve que hacerlo sin mirar. –Tenía una risa nerviosa–. Pero me alegro de haberle dado a una de las teclas de marcación automática y que tú supieras que estaba aquí.

Estaba temblando, era horrible pensar lo que habría pasado si no hubiese llamado.

Alex se quitó la chaqueta y se la puso sobre los hombros.

–Voy a llevarte a casa –dijo–. Tienes que descansar y tranquilizarte.

Ella asintió, de pronto se sentía muy cansada.

–Solo necesito unos minutos, estaré bien, te lo prometo.

–Lo sé –dijo Alex–. Pero deja que te lleve a casa, así estaré tranquilo.

Jamie lo miró y se dio cuenta de que él parecía más traumatizado de lo que ella se sentía. Las manos de Alex temblaban y le costaba respirar.

–De acuerdo –dijo ella–. Vamos.

Alex entró al garaje de su casa. Jamie miraba por la ventanilla en silencio mientras la puerta del garaje se cerraba. Él apagó el coche y permaneció sentado junto a ella un momento sin decir nada.

–Me sentiría mejor si fuéramos a mi casa en vez de a la tuya. Puedo ir a cogerte un cambio de ropa si quieres.

Jamie asintió.

–He olvidado recoger tu ropa del tinte. Podíamos haber parado a recogerla de camino.

–No te preocupes por mi ropa. Tengo un montón en el armario. –Abrió la puerta del coche–. Venga, vamos dentro.

Alex dio la vuelta para abrirle la puerta del coche a Jamie. Dejándole espacio, caminó detrás de ella y la ayudó a entrar en casa.

Alex no retiró ni una sola vez la mano de la parte baja de la espalda de Jamie, como si necesitara estar seguro de que ella aún estaba allí. Desde el garaje, la puerta de entrada daba a la cocina. La distribución era similar al apartamento de abajo. Mucho espacio y colores claros. Todo era precioso y de buen gusto. La cocina tenía encimera de granito, frigorífico y hornos de última generación y armarios de madera maciza.

Alex la condujo a través de la cocina, hasta el salón, decorado con sofás de cuero, una pantalla plana y pinturas y fotos de distintos estilos en las paredes. Junto a la chimenea había una escalera de caracol.

Era la casa más lujosa en la que había estado Jamie. Se imaginaba el dormitorio; tendría la misma masculinidad que el resto de la casa.

Alex no se dio cuenta de que ella estaba sorprendida. O si se dio cuenta, no dijo nada. La llevó hasta uno de los sofás.

–Siéntate, voy a prepararte un té

–No hace falta –dijo ella–. Estoy bien, de verdad.

Era cierto que se sentía mucho mejor. Solo quería beber algo fuerte que le arrancara el asqueroso sabor de la boca.

–Pues yo no estoy bien. –Alex caminó hasta la cocina y llenó el hervidor de

agua—. Y sé que tú tampoco lo estás, Jamie. No has parado de temblar.

Jamie apretó los puños para evitar temblar.

—Estoy bien —dijo—. Solo un poco asustada.

—Entonces no estás bien. —Encendió el hervidor y volvió para sentarse, mirándola con el ceño fruncido. Los dedos de Alex se movieron sobre los cardenales que se empezaban a formar en los brazos de Jamie—. ¿Te duele? —preguntó bajito.

Jamie meneó la cabeza, era incapaz de hablar si él la tocaba con tanta suavidad. ¿Cómo podía hacer que se le quedara la mente en blanco solo con tocarla?

—Ojalá hubiera alguna forma de que esos cardenales desaparecieran —dijo Alex—. Pero, ¿en qué pensaba aquel idiota?

—Se curarán —dijo ella tartamudeando. Maldita sea, no podía ni pensar con él tan cerca.

—Lo siento —susurró Alex.

Se acercó a ella; había deseo y preocupación en su mirada.

Jamie se mordió el labio mientras se le aceleraba la respiración, pero no era porque estuviese asustada, sino más bien al contrario. *No* debería estar pensando en si él la iba a besar. Eso estaba mal, por muchos motivos.

El hervidor pitó y Alex se levantó rápido para apagarlo.

—¿Qué té quieres?

—¿Tienes infusión de menta? —preguntó ella abanicándose.

—Claro. —Alex abrió un armario y Jamie vio filas y filas de té e infusiones. Alex sonrió al ver su mirada—. Me gusta el té. —Se encogió de hombros—. Es una de las pocas cosas que todo el mundo sabe sobre mí, así que siempre me regalan té.

–Ya veo –dijo Jamie intentando no reír–. Bueno, hay regalos peores.

Jamie miró una foto en la pared. Alex estaba con otro hombre que tenía sus mismos ojos y la misma nariz, también salía una pareja mayor.

–¿Es tu familia?

Él siguió la mirada de Jamie.

–Sí.

–Parecen todos muy amables.

¿De verdad? ¿Ese va a ser tu comentario sobre ellos? Tragó, intentando ocultar la vergüenza.

–Lo son. –Una sombra pareció posarse en la cara de Alex.

Al parecer Alex Reid también tenía secretos.

Le pasó una de las tazas y el relajante aroma a menta empezó a subir.

–Gracias –dijo Jamie en seguida.

Alex se sentó junto a ella, mirando a su propia taza.

–No puedes seguir cambiando de tema, Jamie. Sé que no tengo ningún derecho a meterme en tu vida privada, pero aún así estoy preocupado.

–Estoy bien.

–Entonces tienes que avisar a Christine.

Jamie suspiró.

–Es complicado.

–No lo es. Ese tío es un capullo.

–Antes salíamos juntos.

–Mierda. No seguirás acostándote con él, ¿no?

Jamie le lanzó una mirada asesina.

–¡Vale, vale, no me mates! –Levantó las manos–. Lo he soltado sin más. Lo siento.

–Estábamos juntos cuando conoció a mi hermana. Ahora están prometidos. – Jamie se encogió de hombros, deseando tener una copa en la mano y no una taza de té. Aquello era realmente embarazoso.

–Es un idiota. Parece que tu hermana y él son perfectos el uno para el otro.

Jamie bebió un trago de infusión para ganar tiempo antes de responder.

–Estaba borracho. Nunca lo habría hecho si estuviera sobrio.

–Eso no importa. Si le da por beber habitualmente, Christine correrá peligro.

–No me creería –dijo Jamie–. Le quiere. O cree que le quiere. –Movié la mano en el aire–. Si le digo algo va a pensar que yo intenté seducirlo o algo así. –Jamie odiaba toda la verdad que había en sus palabras.

Alex debe haber sabido también que había verdad en ello, porque pasó un buen rato sin decir nada.

–Yo hablaré con Stephen –dijo al fin–. Hace mucho tiempo que nos conocemos y creo que me escuchará. Más le vale, si sabe lo que le conviene.

Jamie se sacudió. No le cabía duda de que la amenaza pasaría a hechos si Stephen volvía a pasarse con ella.

–No tienes por qué hacer esto.

–Sí tengo –dijo él–. Alguien tiene que cuidarte.

A Jamie se le secó la boca.

–¿Por qué lo haces? –susurró.

–Ya sabes por qué –dijo Alex, apartando la mirada–. No hagas que te lo diga.

–Es que no lo sé –dijo ella, la impaciencia aumentaba por momentos–. Si llegaras a esos extremos por todos tus empleados no tendrías energía para manejar tu empresa.

–No, pero tú estás en peligro y eso no lo puedo permitir.

Jamie bebió un poco más de infusión, sabía que se había sonrojado.

–Gracias por hablar con Stephen –dijo–. La verdad es que no quiero que Christine sufra y sé que no me escucharía en este tema. Nunca ha tenido muy buena cabeza cuando se trata de su hombre.

–Lo suponía –dijo Alex sin más–. Entre otras cosas. Pero, ¿por qué te preocupas tanto por ella si te trata tan mal? No creo haber visto una familia tan malvada como la tuya.

Ella se echó a reír.

–Es mi familia, ¿no somos todos así en algún momento? –Jamie volvió a reír cuando vio la cara de Alex–. Aunque ella me manipule, la quiero. –Se encogió de hombros–. Es complicado. Pero las familias siempre son complejas, ¿no?

Él asintió.

–Eso es verdad. –Miró a la fotografía de su familia que estaba colgada en la pared, luego su mirada volvió a Jamie–. Cuando las cosas se compliquen demasiado siempre puedes hablar conmigo. Aunque si no te sientes cómoda haciéndolo, estoy seguro de que la señora Campbell estaría encantada de escucharte. Parece que le caes muy bien. También, si no me equivoco, creo que tu seguro médico incluye psicólogo...

Jamie se echó a reír.

–¿Crees que debería ir al psicólogo?

Él sonrió y siguió en tono de broma.

–Solo digo que deberías hablar con alguien. No tienes por qué llevarlo todo sola.

–Lo sé –dijo Jamie–. Gracias, Alex. Eres encantador. De verdad valoro mucho todo lo que has hecho por mí.

Él le sonrió, sonrojándose ligeramente, lo que le daba un aspecto increíblemente sexy.

–¿Qué pasa? –preguntó Jamie.

–Yo tenía razón, cuando me llamas por mi nombre de pila...

Jamie parpadeó.

–¿Cómo?

–Nada. –Alex se apretó el puente de la nariz–. Nada, lo siento.

–Acaba la frase, señor Reid. No puedes decir algo cargado de significado como eso y luego intentar dejarlo pasar.

–Es increíblemente sexy. –Sus mejillas se colorearon y bajó la mirada a su taza de té.

–¿El qué? –A Jamie se le aceleró el corazón, sentía los latidos en los oídos.

–Que yo tenía razón cuando pensaba que cuando me llamas por mi nombre sería increíblemente sexy.

Ella dejó escapar una risa nerviosa.

–¿De verdad?

–Ni te lo imaginas.

Capítulo 14

La conversación se detuvo de pronto. Ella sabía que Alex intentaba ser amable por todo lo que había ocurrido.

–Bueno –dijo él levantándose–. Tendré que cancelar la reunión que tenía... –
Miró el reloj–. ¡Mierda!

Tengo que llamar a la oficina ahora mismo.

–Es demasiado tarde para cancelar. Ve a la reunión y ya está. Estoy bien. –
Jamie se levantó y fue hasta la cocina para dejar la taza en el fregadero–. Me voy a mi apartamento.

–Puedo cancelar.

–¿Por qué? Estoy bien.

–No creo que debas estar sola.

–Señor Reid, estoy bien. Me gustaría acabar el trabajo de hoy. Puedo hacerlo desde casa, ya está.

Nos vemos en la oficina mañana. Estoy bien, de verdad. No miento.

–¿Podrías trabajar desde mi casa? Por favor.

Ella respiró hondo.

–Vale. Pero solo porque he dejado mi tablet y el portátil en la oficina.

Él sonrió de oreja a oreja.

–Tengo uno conectado con la oficina. Te lo preparo.

–Gracias. Otra vez.

Alex se marchó a la reunión de mala gana y Jamie esperó hasta que su coche desapareció detrás de las rejas para bajar a su suite a ducharse y cambiarse de ropa. Al salir de la ducha se miró en el espejo; tenía tres marcas en el cuello, probablemente se convertirían en cardenales. Se pondría un pañuelo para

ocultarlos durante unos días. Como hacía frío, todo el mundo llevaba manga larga y chaqueta.

Se miró, sorprendida por lo tranquila que se sentía. Todo iba a salir bien. Se había cansado de ser un felpudo. Se merecía mucho más. Las cosas iban a cambiar a partir de ese mismo momento. Stephen le iba a pedir perdón la próxima vez que se vieran. No iba a tolerar las quejas de Christine ni la presión de su familia. Recuperaría a los pocos amigos de la universidad; no quería estar sola.

Amaba su trabajo, su apartamento y empezaba a gustarse otra vez. Lo que había ocurrido con Stephen había sido horroroso pero, curiosamente, algo bueno había salido de ahí: ella.

Se sonrió en el espejo y se recogió el pelo en una coleta. Se puso unos vaqueros ajustados que ahora le quedaban grandes en la cintura.

–Para eso están los cinturones –bisbiseó y observó la poca ropa que había en su armario-vestidor.

Había ahorrado un poco, así que quizás hubiese llegado el momento de comprarse un poco más de ropa para ir a trabajar. Cogió una camiseta azul marino de un cajón y se la puso.

Al volver a la casa de Alex, se sentó en la barra de la cocina y trabajó en el portátil. Podía imaginarse perfectamente a Alex en aquel lugar haciendo lo mismo. Sin las distracciones de la oficina, como teléfonos sonando y gente hablando, Jamie terminó su trabajo en seguida. Ya no tenía nada que hacer, salvo esperar a que Alex volviera. ¿Y luego qué?, se preguntó.

Revisó su móvil personal, ignorando los mensajes de Christine y de su madre. Ya los miraría al día siguiente. Alex le mandó un mensaje al móvil de empresa y ella le respondió para decirle que estaba bien, que estaba trabajando en la cocina con el portátil.

Miró el ordenador. Era el portátil de Alex, personal, no el de la oficina; aunque tuviese acceso a todas las cosas de trabajo. Jamie se preguntó qué hacía él en su tiempo libre. Sería tan sencillo como mirar en el historial de

navegación.

No. Eso sería meterse en su privacidad. ¡Él era su jefe! Jamie era su asistente personal. Hacía una semana que él le había dicho que pretendía que se hiciera más trabajo desde casa y que esperaba que a ella no le importara. Ese era uno de los motivos por los que había reformado la enorme suite en la que ella vivía. A Jamie no le importaba en absoluto.

Pasó la mano por el ratón del ordenador. No podía traicionar la confianza de Alex cotilleando, pero era tan tentador.

Jamie hizo a un lado el portátil y se hizo otra infusión. Revisó su email y sacó la comida que Murray les había preparado. Era pasta con pollo y olía de maravilla. La puso en el horno para calentarla a fuego lento. En un impulso, volvió a guardar la ensalada en el frigorífico, puso la mesa para dos en la barra y esperó a Alex.

Sus ojos volvieron al portátil. Él no tenía por qué enterarse. Si entraba cuando ella estaba mirando, siempre podía decir que estaba revisando el email. Probablemente él no tenía nada de qué avergonzarse en su portátil. No se lo imaginaba visitando páginas de prostitutas o viendo porno hard-core. Seguro que eran las típicas cosas de siempre. Email, redes sociales, quizás alguna cosa relacionada con el trabajo y tal vez algún vídeo de BuzzFeed. Nada más. Nada malo.

Revisó el horno y su móvil para ver si Alex le había mandado algún mensaje mientras volvía. Nada, aún no estaba en camino. Así que se sentó en el sofá junto a la ventana, de espaldas a la cocina y abrió el portátil. Tenía razón respecto a casi todo el historial de navegación. Las típicas cosas de todo el mundo.

Había visitado varias webs sobre gestión del personal y de la vida privada, también algunos artículos sobre conciliación de la vida familiar. Jamie miró la foto de la pared. Se veían todos tan felices y unidos.

Mucho más felices de lo que Alex se veía en el trabajo. Pero al fijarse mejor, Jamie se dio cuenta de que la foto tenía unos cuantos años. Allí Alex no tenía más de veinte años. ¿Podía ser que se hubiesen alejado con el tiempo? No era

algo que ella le pudiera preguntar mientras cenaban. No era asunto suyo.

Miró otras cuantas webs y luego el cursor se detuvo en una que no era como las demás.

Definitivamente era una página porno. No había dudas. Se mordió el labio. ¿Cuáles eran las fantasías de Alex Reid en la cama? Sin pensarlo siquiera, clicó en la web. Aparecieron fotos de mujeres follando.

Con el corazón a mil, Jamie fue bajando para ver vídeos cortos y presentaciones. No podía parar de mirar, se estaba excitando al ver aquellas fotos de mujeres chupando pollas y otras abriendo las piernas para que las penetraran. No se atrevía a poner ninguno de los vídeos, tenía miedo de correrse en el sofá de Alex, pero al ver las fotos, la humedad se le acumuló entre las piernas.

–Estás haciendo que resulte complicado ser un caballero.

Jamie saltó y cerró la tapa del ordenador con un golpe.

–Yo, yo... No te he oído-oído entrar. –Tartamudeaba, no se había sentido más avergonzada en toda su vida.

–Ya me he dado cuenta.

Era imposible deducir nada en Alex por el tono de su voz.

Jamie se mordió el labio y los ojos de Alex volaron de inmediato hasta su boca.

–Lo siento –dijo ella, sin saber qué más decir.

–Puedo decir que nunca había llegado a casa para encontrarme con una mujer mirando porno.

–Lo siento –Jamie quería que se la tragara la tierra.

–No lo sientas.

–¿Perdona?

Jamie vio que una esquina de la boca de Alex se curvaba hacia arriba.

–Creo que eso es lo mejor que te he visto hacer. Lo mejor del día.

Alex no se dio cuenta de que ella había estado cotilleando su historial de navegación. Jamie saltó ante un pensamiento:

–Por favor no creas que hago esto en mis horas de trabajo. Yo nunca... –Se detuvo a media frase.

Justificarse tan solo la hacía parecer más culpable.

–¿Disfrutas torturándome?

Alex dio un paso hacia ella y a Jamie se le aceleró la respiración. Él estaba cerca, aunque no tanto que ella pudiese sentirlo. Jamie deseaba desesperadamente que él le hiciera lo que había visto en aquella web. No era nada profesional, estaba completamente mal, pero Jamie no podía parar de pensar en ello.

Se disculparía y cargaría con las consecuencias por la mañana si la obligaba a abrir las piernas hasta que ella le rogara que entrara.

–Si no quieres que ocurra nada más te sugiero que te vayas de inmediato – dijo él con la voz grave y velada.

Jamie no se movió. Si hubiese sido mínimamente sensata se habría marchado. Pero estaba paralizada.

Lo deseaba con lo locura, más de lo que había deseado a nadie nunca. Y sabía que él la deseaba a ella.

Solo se trata de una liberación física, nada más.

– Jamie, si no te vas, te voy a tomar –dijo él con suavidad–. Todo cambiará.

–Fóllame –susurró ella–. Por favor.

Él gimió y tiró de Jamie, atacando su boca con vehemencia. Ella le rodeó el cuello con los brazos mientras Alex la besaba, su lengua colándose dentro de su boca. Cada centímetro de su piel vibraba mientras las manos de él le recorrían el cuerpo; su piel estaba en llamas. Atacó a Alex con igual fiereza, deslizando los dedos por debajo de su camisa para explorar centímetro a centímetro su atractivo y bien esculpido pecho. Él se estremeció ante sus caricias.

–Por favor, Alex –murmuró ella–. Por favor.

Él gimió y le besó el cuello, sujetando su camiseta para levantársela y poder cogerle los pechos.

–Me tienes –susurró él, besándole cada pecho–. Quiero follarte aquí mismo.

–Hazlo.

Jamie se quitó la camiseta y movió las manos hacia el broche del sujetador.

Las manos de Alex la detuvieron.

–No, aquí no. –La levantó en brazos y la llevó al dormitorio. Jamie no hizo ningún movimiento para detenerlo y él la puso sobre la cama–. Eres tan perfecta.

Los ojos de Alex recorrieron la parte superior de su cuerpo y luego bajaron hasta los vaqueros, quemándola como si aquella mirada pudiera hacerla arder en llamas.

No era perfecta, para nada.

–Tienes un cuerpo perfecto.

Jamie esbozó una sonrisa maliciosa y sujetó el borde de la camisa de Alex para sacársela por la cabeza, dejando al descubierto su musculoso pecho. Se mordió el labio mientras los ojos de él la perforaban. Alex volvió a atacar su boca.

–Eres mía –dijo, acariciándole los labios con los dedos–. Joder, Jamie, eres

mía.

Ella sonrió y contuvo un grito ahogado cuando Alex volvió a besarle el cuello. Era totalmente suya y le encantaba. La seguridad que sintió al salir de la ducha volvió. Él tenía que saber que también le pertenecía. Jamie lo hizo girar y caer de espaldas, cogiéndole las manos y colocándoselas sobre la cabeza. Le devoró la boca y luego bajó por su pecho. Cada beso de Jamie hacía que Alex abriera la boca en un gesto mudo de placer. Ella le chupó con suavidad los pezones, luego le dio besos ligeros en el abdomen, viendo cómo se retorció ante cada caricia. Cuando los labios de Jamie llegaron a la cinturilla del pantalón, metió el dedo despacio sin apartar la mirada de la cara de Alex. Estaba fascinada por las olas de emoción que se le dibujaban en la cara mientras le bajaba lentamente la cremallera del pantalón.

Lujuria, deseo, éxtasis, todo estaba allí para que ella lo recogiera.

Su polla hinchada empujaba la tela de los boxers. Ella la envolvió entre sus dedos y Alex cerró los ojos de placer. Cuando la envolvió con los labios, él emitió un grito sordo y se movió debajo de ella.

—Jamie —dijo con voz ronca—. Si no paras me voy a correr.

El poder que tenía sobre él la llenaba de placer. Lo lamió suavemente, sintiendo cómo temblaba debajo de ella. No iba a parar. Sonrió con malicia, él podía ser la fuerza dominante en las salas de reunión, pero en el dormitorio dominaba ella.

Cuando él empezó a temblar, intentando controlarse, ella lo soltó rápidamente.

Alex la miró con los ojos muy abiertos y jadeando.

—¿Es que quieres matarme?

Jamie se pasó la lengua por los labios para saborearlo.

—Aún no. —Deslizó su cuerpo por encima del de él y le besó el cuello—. Pero me alegro de que te haya gustado —le susurró al oído.

Jamie esperó a que a Alex se le tranquilizaran los latidos y a que su respiración se normalizara, entonces bajó la mano para acariciarlo.

–Podrías matar a un hombre con tus caricias. –Alex gimió bajito sobre el pelo de Jamie y la abrazó con fuerza—. Eres tan sexy.

Jamie acercó la boca a la de Alex y le metió la lengua con fuerza. Aumentó el ritmo de su mano para sentir cómo se ponía más duro. Se moría por sentirlo dentro, por ver cómo la embestía, por perder el control.

Con un movimiento rápido, él le sujetó la mano y la movió para quedar encima.

–Ahora me toca a mí.

Le besó el cuello con suavidad y fue bajando. Sus manos exploraron su pecho y buscaron el broche del sujetador, que estaba en la parte frontal. Su otra mano bajó hasta el botón de los vaqueros. Cuando Jamie se dio cuenta de lo que iba a hacer, le sujetó la mano y se la apartó.

–No –susurró—. Con las luces encendidas, no.

No podía permitir que viera su gordura y pusiera cara de asco. Bastante valiente había sido Jamie quitándose la camiseta. Ahora estaba en el salón, no podía usarla para cubrirse. Pero la luz... Si se quedaba desnuda en la cama de Alex y él la rechazaba Jamie moriría.

–Quiero verte –le susurró Alex con los ojos inundados en deseo.

–Con la luz encendida no.

Él suspiró. Su mano bajó hasta los pantalones de Jamie y los dedos se colaron dentro para acariciarla. El placer se apoderó de ella. Jamie cerró los ojos, disfrutando las caricias y mojándose cada vez más. Él le dio un beso en la sien mientras con un dedo la acariciaba y con otro la exploraba por dentro. La presión creció en el interior de Jamie y se retorció, mientras él continuaba la tortura.

Alex paró cuando ella estaba a punto de correrse.

–Aún no –le susurró–. Quiero estar dentro de ti cuando llegues al orgasmo.

Alex se tumbó sobre ella, moviendo la cadera de forma rítmica mientras estiraba la mano hasta un cajón del que sacó un preservativo. Se lo puso y, antes de que ella pudiera protestar, le quitó los pantalones, haciendo que el cuerpo de Jamie quedara en el borde de la cama, que era bastante alta. De pie, Alex le abrió las piernas y se adentró en ella. Jamie llegó al orgasmo de inmediato, gritó mientras el éxtasis y el placer la inundaban, haciéndola temblar y sacudirse. Alex también tembló al alcanzar el clímax. Seguía empujando dentro de ella, ya sin aliento, mientras su pasión llenaba el condón. Cayó sobre ella y se quedó tumbado allí un momento, luego se levantó para quitarse el preservativo.

Jamie le acarició el pelo, segura de que nunca más volvería a tener el placer de hacerlo con él.

–¿No estás enfadado conmigo, verdad? –susurró.

–¿Por qué iba a estar enfadado? –La miró mientras volvía a ponerse los calzoncillos.

Ella se puso el sujetador y buscó su pantalón.

–He mirado el historial de navegación de tu ordenador. Por eso encontré la página porno.

Él contuvo la risa.

–Normalmente no perdono que se viole mi intimidad, pero el resultado esta vez ha sido tan bueno, que voy a dejarlo pasar. –Le besó el cuello–. Que pase dentro y fuera, dentro y fuera, una y otra vez.

Jamie esbozó una gran sonrisa, sintiéndose aliviada.

–Bien, me alegro de haberlo hecho lo suficientemente bien para evitar represalias. –Pero, ¿qué le ocurría aquella noche?

–Sabía que lo harías bien, pero no imaginaba que tanto –dijo él muy serio–.

De verdad eres increíble, Jamie. Espectacular.

A ella se le daba muy bien su trabajo, pero, ¿espectacular en el sexo? No le parecía posible.

~ **Fin** ~

Tus comentarios y recomendaciones son fundamentales — Los comentarios y recomendaciones son cruciales para que cualquier autor pueda alcanzar el éxito. Si has disfrutado de este libro, por favor deja un comentario, aunque solo sea una línea o dos, y házselo saber a tus amigos y conocidos. Ayudará a que el autor pueda traerte nuevos libros y permitirá que otros disfruten del libro.



¿Quieres disfrutar de más buenas lecturas?

Tus Libros, Tu Idioma

Babelcube Books ayuda a los lectores a encontrar grandes lecturas, buscando el mejor enlace posible para ponerte en contacto con tu próximo libro.

Nuestra colección proviene de los libros generados en Babelcube, una plataforma que pone en contacto a autores independientes con traductores y que distribuye sus libros en múltiples idiomas a lo largo del mundo. Los libros que podrás descubrir han sido traducidos para que puedas descubrir lecturas increíbles en tu propio idioma.

Estamos orgullosos de traerte los libros del mundo.

Si quieres saber más de nuestros libros, echarle un vistazo a nuestro catálogo y apuntarte a nuestro boletín para mantenerte informado de nuestros últimos lanzamientos, visita nuestra página web: _____

www.babelcubebooks.com

Document Outline

- [Página de Título](#)
- [Página de Copyright](#)
- [The BoSS](#)
- [Sigue a Lexy Timms:](#)
- [Sinopsis:](#)
- [Capítulo 1](#)
- [Capítulo 2](#)
- [Capítulo 3](#)
- [Capítulo 4](#)
- [Capítulo 5](#)
- [Capítulo 6](#)
- [Capítulo 7](#)
- [Capítulo 8](#)
- [Capítulo 9](#)
- [Capítulo 10](#)
- [Capítulo 11](#)
- [Capítulo 12](#)
- [Capítulo 13](#)
- [Capítulo 14](#)